

# La Colmena

## Steven Barnes

PARA NICKI, STEVEN Y SHARLEEN CHIYEKO  
¡Feliz cumpleaños, niños!

### Capítulo 1

G'Mai Duris, regente del planeta Ord Cestus, plegó formalmente los dedos de sus manos primarias y secundarias. Era una x'ting, la especie insectoide de segmentado cuerpo oval de color dorado mate y dulces modales que antiguamente dominaba este planeta. Antes de la llegada de Cestus Cibernética, las colmenas x'ting cubrían este mundo, pero ahora el desalmado gigante industrial no sólo dominaba el planeta, sino que también amenazaba la seguridad de la propia República.

Obi-Wan Kenobi miró como Duris se preparaba para dirigirse al consejo de la colmena, el humilde último reducto del poder x'ting. Al igual que la capital extraplanetaria de ChikatLik, algunos centenares de metros sobre sus cabezas, la sala del consejo estaba anidada en una burbuja natural de lava. Las paredes de la cámara con forma de huevo y quince metros de alto habían sido de un color siena vidrioso, pero la mayoría de ese color original se cubrió con tapices tejidos a mano. Tres puertas, cada una guardada por dos miembros de los clanes guerreros x'ting, conducían fuera de la sala: una a la superficie, las otras a los lugares más profundos y menos transitados en el interior de la colmena.

Los doce consejeros sentados a la curva mesa de piedra eran una mezcla de x'ting relativamente jóvenes, con sus caparazones aún brillantes, y ancianos que mostraban manchas de color gris y blanco en medio de su erizado cabello torácico. Sus alas rudimentarias temblaban de dolor. De vez en cuando sus manos primarias o secundarias aplanaban sus túnicas ceremoniales de color marfil. Cada ojo facetado rojo o verde la estudiaba cuidadosamente; cada antena del auditorio atendía a sus palabras.

Duris inclinó su tórax y aclaró su garganta, quizás ordenando sus pensamientos. Era casi tan alta como Obi-Wan, y su ancho y segmentado caparazón de un dorado pálido y la hinchada bolsa de huevos le daban considerable gravedad.

En ese momento, G'Mai Duris necesitaba toda la que pudiera conseguir.

—Compañeros y ancianos —dijo—. Mi estimado amigo el Maestro Kenobi me ha contado algo impresionante. Durante siglos hemos sabido que a nuestros antepasados les engañaron para arrebatarnos sus tierras, unas tierras que se compraron con baratijas que se consideraron moneda legal.

»Hemos pasado años sin obtener una compensación por ello, aparte de las migajas que le sobraban a Cestus Cibernética. Pero va a cambiar. —Sus ojos brillaron como las esmeraldas cortadas—. El Maestro Kenobi ha traído consigo un abogado de Coruscant, un vippit que conoce bien sus leyes. Y, según la autoridad

central, si decidimos sacar adelante este caso, podremos destruir a Cestus Cibernética. Si las tierras en las que se encuentran sus fábricas nos pertenecen, podremos cobrarles lo que queramos por el uso de la tierra, y quizás incluso quedarnos con sus instalaciones.

—¿Qué? —exclamó Kosta, la miembro más anciana del consejo. Todos los x'ting rotaban entre los géneros masculino y femenino cada tres años, y Kosta era actualmente hembra. Aunque demasiado vieja para llevar huevos, su bolsa se infló hasta alcanzar un tamaño impresionante. Miraba asustada—. ¿Es eso cierto?

—¡Lo único que conseguirás con eso es la destrucción del planeta! —exclamó Caiza Quill, soltando saliva al hablar. Sólo hacía unos minutos que Duris lo había depuesto como cabeza del consejo. Su rabia y sus feromonas de rendición todavía se olían en el aire—. ¡Destruye a Cestus Cibernética y destruirás nuestra economía!

La expresión de Kosta se erizó con crudo desprecio por las transparentes verdades a medias de Quill.

—La colmena ya existía antes de que llegara Cestus Cibernética. No es la colmena la que sufrirá si la compañía cambia de dueños... o incluso si desaparece. Los que sufrirán serán los que se vendieron a los colonos por una promesa de poder.

—Pero, señores míos —dijo Duris, atrayendo una vez más la atención sobre ella—. Yo tengo obligaciones para con los colonos, con la gente que vino a Cestus con su talento y su corazón, y que lo único que quería era construir aquí una vida. No podemos utilizar esto para destruir. Tenemos que emplearlo para construir y para curar.

Los miembros del consejo de la colmena x'ting asintieron, quizás complacidos por su empatía. Aunque era nueva en sus filas, parecían satisfechos por cómo había asumido sus responsabilidades.

Pero Quill no estaba en absoluto aplacado por sus palabras. Sus alas rechonchas temblaron con rabia.

—¡No has ganado nada, Duris! Anularé lo que hagas, lo juro. Da igual lo que creas tener, lo que creas saber... Esto no se acaba aquí. —Salió corriendo fuera, humillado y enfurecido.

Obi-Wan había observado los procedimientos, evitando intervenir, pero ahora tenía que hablar.

—¿Puede hacerlo?

—Quizá —contestó Kosta—. Cualquier miembro de las Cinco Familias puede vetar un acuerdo específico. —Estaba refiriéndose a las Cinco Familias que dirigían las minas y fábricas que abastecían a las factorías de droides. Anteriormente había habido sólo cuatro, pero Quill se había abierto camino entre ellas entregando contratos de trabajo y sofocando diferencias, vendiendo a su propia gente en el proceso—. Si él considera que le interesa, o que quiere hacerlo simplemente por odio, lo intentará. —Un pensamiento alarmante pareció cruzar por su mente—. Quizás intente evitar que usted comunique esta información a Palpatine. Quizá debería notificárselo de inmediato.

Renuientemente, Obi-Wan agitó su cabeza.

—El Canciller utilizaría esto para cerrar legalmente Cestus Cibernética. Y nadie ganaría con eso. Creo que lo mejor será reservarnos ese dato hasta el final, como último recurso de emergencia.

Sólo unos días antes, Obi-Wan había llegado a Cestus para impedir al planeta vender sus letales bio-droides a la Confederación. Por medio de un diseño único de "circuito viviente", las factorías de droides habían creado una máquina que podría realmente anticiparse a los movimientos de un atacante. Comprendiendo su potencial, el conde Dooku había ordenado miles de esos dispositivos —originalmente diseñados para trabajos de seguridad a pequeña escala— con la intención de convertirlos en droides de combate.

Pensar en semejante ejército, marchando por millares, congelaba la sangre de Obi-Wan. Ante semejante amenaza, los Jedi y el Gran Ejército de la República podrían caer. ¡La proliferación de tales dispositivos letales debía detenerse a toda costa!

El principal medio de disuasión era la negociación, pero el bombardeo no estaba descartado. Los contactos iniciales no habían sido nada prometedores: Cestus Cibernética era renuente a cesar la producción de un artículo tan valioso, y creía que el Canciller Palpatine nunca ordenaría la destrucción de un planeta pacífico que vendía un producto legal. Con los x'ting como aliados, la misión de Obi-Wan sería mucho más sencilla.

Durante los últimos días se había ganado la confianza de G'Mai Duris, la Regente de Cestus, que era poco más que un títere, y había dado los primeros pasos para dotarla de una verdadera autoridad política. Si pudiera ganarse además al consejo de la colmena, podría haber serios motivos para el optimismo.

Los miembros del consejo le escucharon hablar de política y finanzas, comprendiendo rápidamente las razones por las que podrían aprovecharse aliándose con Coruscant. Pero después de expresar confianza en sus aseveraciones, cambiaron rápidamente de tema.

—Hay otra cuestión que discutir, Maestro Jedi.

Obi-Wan miró a Duris, buscando una pista sobre la nueva preocupación. La regente se volvió hacia él, moviendo una porción de su cuerpo segmentado cada vez. Sus brazos primarios y secundarios se abrieron, las palmas vacías se extendieron, lo que en el idioma corporal x'ting indicaba confusión.

—Yo no sé nada de esto —dijo.

Kosta tamborileó con los dedos de sus manos secundarias contra la mesa. Consultó con los otros miembros del consejo, hablando con chasquidos, y entonces se dirigió a Obi-Wan.

—Es posible, Maestro Jedi, que puedas realizar un gran servicio para nosotros este día.

—¿De qué forma? —Preguntó.

De nuevo los miembros del consejo se miraron entre sí, como si evaluaran si era inteligente seguir hablando. Luego, tras una breve discusión, Kosta empezó.

—Hay otra forma en la que Quill podría dañarnos, si decide que la colmena ya

no se merece su lealtad.

Ésa era una posibilidad. Ciertamente, la adicción de Quill hacia el poder y el crudo egoísmo podrían disparar la traición.

Obi-Wan sintió una carga emocional aumentando en la cámara. Conocía ese sentimiento: el miedo de aproximarse a un umbral. El consejo de la colmena estaba a punto de hacer algo que podría dejar a los x'ting profundamente vulnerables.

Kosta continuó.

—Lo que estamos a punto de contarte sólo es conocido por los miembros del consejo, y los miembros de élite del clan guerrero de la colmena. Incluso G'Mai Duris no sabía esto, aunque su compañero, Filian, sí. —Se inclinó respetuosamente—. Filian fue forzado a ocultarte este conocimiento, por juramento.

Estaba claro que esta revelación era dolorosa para Duris. Hasta ahora, se había aferrado a la ilusión de que había conocido completamente a su difunto compañero.

—¿Qué es?

—Hay mucho sobre la historia de nuestro planeta que no podrías saber, Maestro Jedi. Mucho que no está en los legendarios archivos de Coruscant.

—Lamentable, pero cierto al fin y al cabo —dijo Obi-Wan—. Por favor, ilumíneme.

—Una vez —explicó Kosta—, la colmena fue fuerte. Habíamos derrotado al pueblo araña en una gran guerra, y llevado el planeta entero bajo el dominio de la colmena y de nuestra reina, que era sabia y justa. Creímos que era el momento de que entráramos en la comunidad galáctica. Pero no era meramente una cuestión de ganar reconocimiento político. Codiciábamos el papel de socio comercial, ¿pero qué recursos podíamos ofrecer para conseguirlo?

»¿Qué productos podíamos producir? ¿Qué minerales podíamos tener? Investigamos, y no encontramos nada que no estuviera disponible en mundos más cercanos al núcleo central de la galaxia. Nada que nos diera la ventaja que buscábamos.

»Entonces oímos el rumor de que Coruscant estaba planeando extender su sistema de prisiones, y estaba buscando mundos anfitriones en el Borde que pudieran estar deseosos de arrendar o vender tierras para tales instalaciones. La tierra era una cosa que Cestus tenía en abundancia, y parecía una oportunidad admirable. Se hicieron ofertas, y conseguimos un contrato. —Suspiró—. Al principio, todo parecía correcto. Se construyeron varias instalaciones, y la escoria de la galaxia fue puesta a buen recaudo en cavernas reconstruidas bajo nuestras arenas.

Obi-Wan ya sabía todo esto, por supuesto.

—Una vez se cerró el trato, nos tragamos nuestro orgullo y aceptamos una posición en el escalafón más bajo de la República. Muchos de nuestros trabajadores fueron contratados por las minas y fábricas. Aprendimos a negociar, para que los futuros arrendamientos y ventas fueran más favorables. Se nos

pagaron las rentas de arrendamiento, con las que contratamos supervisores para examinar más cuidadosamente nuestros recursos de cara a expandir el comercio.

»Entonces pasó algo completamente inesperado. Ejecutivos de Galáctica Cybot fueron declarados culpables de fraude y negligencia grave y fueron condenados a prisión, aquí. Estos seres anteriormente poderosos fueron obligados a excavar en las profundidades de las cavernas. Parte del trabajo era útil: agrandar sus espacios vitales, construyendo tiendas y oficinas. Parte de él eran meros trabajos forzados, la venerable tarea de las prisiones de convertir rocas grandes en otras más pequeñas. Pero mientras excavaban, los ejecutivos descubrieron minerales usados en fabricación de droides avanzados. ¡Un tesoro, flotando insospechado en el Borde Exterior!

»Los ejecutivos tramaron un plan para liberarse. En reuniones con las autoridades de la prisión, propusieron enriquecer a los guardias y vigilantes más allá de sus sueños. La esencia de la propuesta era que, agrupando los talentos y los contactos de varios de los prisioneros, bien podrían crear un arroyo interminable de droides de primera clase. Aquí en Ord Cestus había gran cantidad de obreros, montañas de materia prima, habilidad, y conocimientos. Sólo necesitaban permiso.

»Se cerró el trato, estableciendo el escenario para la creación de Cestus Cibernética. Los ejecutivos contactaron con anteriores clientes y empleados, y la inmigración a Ord Cestus empezó a incrementarse. La primera fábrica estaba operativa al cabo de un año estándar, produciendo un modesto droide de reparaciones que recibió críticas favorables y considerables pedidos. Estaban en marcha. —Kosta levantó su voz—. Pero cuando la compañía novata creció en poder y riqueza, entró en conflicto con la reina y el rey. Primero, los gerentes compraron tierra adicional con gemas sintéticas sin valor. Los monarcas fueron forzados a tragarse esa humillación, pero intentaron negociar porcentajes más grandes de riqueza para la colmena, para la educación de nuestra gente, para los servicios médicos...

—¿Servicios médicos?

—Una necesidad. Desde la fundación de la prisión se produjeron numerosas enfermedades extrañas y perjudiciales extendiéndose a través de nuestra población. Los presos, de cada rincón de la galaxia, trajeron con ellos innumerables enfermedades, creando ola tras ola de sufrimientos. Enfermamos por millares.

»Las negociaciones eran feroces. Nuestros gobernantes amenazaron con detener los trabajos de los x'ting y para negarse a permitir a Cestus Cibernética extender su operación minera.

»Entonces la Gran Plaga nos atacó. —Kosta se inclinó hacia delante, con sus ojos color esmeralda brillando—. Sé que no puede demostrarse, pero nosotros lo supimos, supimos que esta plaga no fue ningún accidente. Se liberó sobre nosotros para destruir a la familia real, para fragmentar la colmena y que no hubiera oposición efectiva. Quizás incluso para exterminarnos.

Obi-Wan retrocedió ante la pasión de esas palabras. ¿Era tal villanía posible?

Inútil preguntar: por supuesto que lo era. Coruscant sabía poco de lo que pasaba en el Borde Exterior. Y desde que Cestus Cibernética controlaba los cauces de información oficiales, cualquier perfidia concebible podría haber sido disimulada.

—Y este genocidio casi funcionó. Pero cuando la plaga arrasó la colmena, un plan frenético se puso en acción: poner varios huevos saludables en animación suspendida y esconderlos profundamente en una bóveda especial bajo la superficie de Cestus, donde sólo unos pocos escogidos sabrían la verdad, el camino, y el método de abertura.

»La bóveda fue construida por Sistemas de Seguridad Toong'l, una compañía competidora de Cestus Cibernética, y conocida por ser fiable. Los trabajadores eran transportados a ciegas al lugar y nunca supieron la ubicación. Cuando se completó, supimos que pasara lo que pasase al resto de la familia real, habría por lo menos un par de huevos fertilizados a salvo: monarcas, que podrían engendrar y crear una nueva dinastía.

Al instante, Obi-Wan captó la importancia. Después de la plaga, los x'ting supervivientes se habían esparcido por la superficie de Ord Cestus. Pero una nueva dinastía real podría reagruparlos de nuevo, unirlos. G'Mai Duris no era más que una regente, manteniendo el poder hasta el retorno de una nueva pareja real. Bajo sus manos capaces la transferencia de poder podría rejuvenecer este planeta infeliz. ¡Una idea prometedora!

Obi-Wan organizó sus pensamientos cuidadosamente, y luego habló.

—Entonces... con estas noticias sobre la propiedad de la tierra bajo Cestus Cibernética, ¿una pareja de monarcas que reúna al planeta podría daros mayor voz en Coruscant, y construirle un futuro mejor a vuestra gente?

—Sí —asintió Kosta, con los ojos chispeando—, aunque hay otros problemas. Primero, la plaga fue más mortal de lo que esperábamos. Después de que los monarcas murieran, varios clanes x'ting escogieron permanecer en las profundidades bajo de la superficie, sellando todo contacto con extraplanetarios. Casi se convirtieron en una colmena separada: prácticamente no ha habido ningún contacto con esos clanes durante un siglo. Peor todavía, todos los x'ting que conocían el secreto de la bóveda murieron en la plaga. Todo lo que queda son llaves para abrir la puerta exterior. Por último, Sistemas de Seguridad Toong'l fue destruida cuando su planeta fue golpeado por un cometa. Sus líderes nos podrían haber contado cómo abrir la bóveda, pero... —Kosta hizo un movimiento resignado, encogiéndose de hombros.

Obi-Wan entornó los párpados.

—Pero ciertamente todavía podéis usar otros medios para recuperar los huevos.

La vieja x'ting suspiró, anudando nerviosamente los dedos de las manos primarias y secundarias.

—No entiendes el estado de los monarcas. Por nacimiento y educación, cada x'ting debe obedecerlos. Es nuestro camino, y está en nuestra sangre. Por consiguiente, son tanto el mayor tesoro como la mayor amenaza. Una pareja real x'ting en manos de Cestus Cibernética reduciría a cada x'ting de este planeta a la esclavitud. Para evitar que eso pasara, se construyó un detector de intrusos en la

bóveda. No estamos seguros acerca de sus detalles, pero tenemos razón para creer que después de tres intentos infructuosos de abrir la cámara, los huevos se destruirán.

¡Por las estrellas! ¿Habían estado estas gentes tan desesperadas?

—Así que... —empezó cautelosamente—, ¿qué servicio deseáis de mí?

—Dos veces en el pasado intentamos recobrar los preciados huevos. Dos veces nuestros más osados han intentado alcanzar la bóveda. Dos veces perecieron antes de que pudieran alcanzarla. —Una pausa—. Hay una historia que se susurra entre nuestra gente. Se dice que hace ciento cincuenta años un visitante vino del centro de la galaxia. Un guerrero con poderes más allá de lo que cualquier x'ting hubiera visto nunca. Se hizo llamar Jedi. Se dice que su coraje y su sabiduría salvaron a nuestra gente. Creo que no es pura coincidencia que ahora, en nuestra hora de necesidad, otro Jedi haya aparecido.

Obi-Wan sentía una emoción de alarma. Él no había anticipado semejante situación.

—Señora —dijo—, es un gran peso el que deseáis que lleve.

—Nosotros te creemos capaz de resistirlo.

No había oído ninguna historia en los archivos Jedi sobre una visita a Ord Cestus, pero ciertamente era posible. Muchos Jedi evitaban el reconocimiento; eran capaces de asombrosos actos de valor, seguidos de una modestia tal que incluso podían rechazar dar sus nombres.

—Y teméis que Quill, enfadado con la regente, podría traicionarnos entregando estos huevos secretos a las Cinco Familias. Y que podrían lanzar su propio esfuerzo para recuperarlos, y usarlos contra vosotros.

—Ves nuestra situación, sí.

La veía. Coruscant quería algo: el cese de la producción de droides. Los x'ting, en realidad todos los seres en este planeta, eran de alguna forma dependientes de los continuos ingresos de Cestus Cibernética. Obi-Wan estaba pidiéndoles que estuvieran a su lado, que confiaran en él. Había pensado hacer esto a través de la diplomacia, pero la providencia le había dado un medio de ganarse su confianza más directamente, si tenía el coraje suficiente.

—Acepto vuestra petición. Intentaré recuperar vuestros huevos —dijo.

Kosta suspiró de alivio.

—Necesitarás un guía. Un pequeño puñado de guerreros x'ting estudió los mapas originales a través de las profundidades de la colmena. Había cinco hermanos de nido. Sólo uno vive ahora. —Se volvió a los otros—. Llamad a Jesson.

Los miembros del consejo apoyaron sus cabezas en las de los demás, rozándose las antenas mientras zumbaban y chasqueaban en x'tingiano. Después de unos momentos un pequeño macho abandonó la mesa y salió rápidamente por un túnel lateral.

—G'Mai, estoy en sus manos —dijo Obi-Wan en voz baja. Los ancianos se habían comportado bien, pero la Regente era el único x'ting al que podía exigirle más datos. Si se podía confiar en alguno de los allí presentes para obtener más

información, era en ella—. ¿Hay algo más que deba saber antes de partir en esta misión?

—Jedi —dijo Duris—, sólo sé los rumores que se cuentan sobre la visita de un Maestro Jedi. Nunca había oído hablar de los huevos reales hasta hoy.

Los miembros del consejo se giraron cuando el pequeño consejero volvió. Tras él, con una túnica gris con una raya roja diagonal, marchaba un macho más grande con erizado pelaje torácico rojo. Sus ojos rojos y facetados observaron la sala entera de una ojeada, examinando a Obi-Wan y haciendo una instantánea valoración positiva de la amenaza. Los brazos primarios y secundarios del recién llegado mostraban numerosas cicatrices pálidas: era un guerrero experimentado, probablemente un miembro de alguna unidad de seguridad de élite de la colmena. Una vara con tres secciones tallada en algún material claro estaba sujeta diagonalmente a su espalda.

El recién llegado juntó las palmas de sus manos primarias y secundarias, y luego habló en una serie chasquidos.

Kosta levantó su mano primaria izquierda.

—Se pide que hables en básico en presencia de este humano.

El soldado x'ting se volvió para observar a Obi-Wan. Su primer examen había tomado una fracción de segundo. El segundo tomó mucho más tiempo, lo suficiente para que Obi-Wan se diera cuenta del intenso desdén en los ojos del x'ting.

—Mis disculpas a nuestro honorable invitado. Mis palabras fueron: "Soldado de primera clase Jesson presente y preparado para el servicio."

—Yo debería ir contigo —se ofreció Duris—. Éste es mi trabajo, mi planeta. Si fallamos, y Quill nos traiciona, estaremos acabados.

—Pero es la líder de su gente —dijo Obi-Wan—. La necesitan aquí.

Duris protestó, pero los otros miembros del consejo la hicieron callar. Ella parecía más apenada de lo que Obi-Wan la hubiera visto nunca.

—Viniste aquí como un amigo, y me ayudaste más de lo que las palabras pueden expresar —dijo ella, tomando dos manos de él con sus cuatro—. Espero que no te haya traído a tu muerte.

—Los Jedi no se dejan matar así como así —dijo.

—Si eres la mitad de buen guerrero de lo que se dice del Maestro Yoda, prevalecerás —dijo.

Los ojos de Jesson se estrecharon al oír eso. Si Obi-Wan confiase más en sus habilidades para descifrar las expresiones faciales de los x'ting, habría dicho que el sentimiento dominante en el soldado era el desprecio.

—Bien, empecemos. —Obi-Wan se volvió a su guía—. Descenderemos juntos a las entrañas del planeta —dijo—. ¿Podrías decirme tu nombre completo?

—Soldado de primera clase Jesson Di Blinth —dijo el otro, y se inclinó formalmente—. De los Di Blinths del volcán.

—Encantado, Jesson —contestó el Jedi—. Obi-Wan Kenobi, de Coruscant. ¿Estamos preparados para partir?

Jesson consultó rápidamente con los otros miembros del consejo. Dos miembros



tocaron las glándulas de olor a los lados de su cuello, e hicieron con los dedos húmedos una serie de puntos en la mesa ante ellos. Jesson hizo sus propias marcas húmedas de un modo similar.

Obi-Wan levantó una ceja, y Duris explicó:

—Mucha de nuestra información se guarda en olores.

—Éstos contienen la mayoría de lo que realmente sabemos o recordamos del camino —dijo Kosta—. Nadie los ha alojado tanto tiempo...

—Creía que dijiste que cuatro de vuestros hombres lo intentaron, y murieron en el proceso —dijo Obi-Wan.

—No es completamente exacto —dijo Jesson, estudiando la tabla de la mesa—. El primer intento fue a través de la abertura directa hacia la cámara de los huevos, que soporta un tubo de lava. Mi hermano nunca volvió, y sabemos que se activaron mecanismos defensivos. Una entrada trasera fue probada luego. Mi segundo hermano nunca volvió, y la puerta fue bloqueada.

—¿Intentasteis abrirla?

Jesson le miró con desdén.

—Lo que sea que allí pasó, costó la vida de un valiente guerrero. No le deshonraremos creyendo que podemos tener éxito donde él falló.

—¿Qué haremos, entonces?

—Hay otro camino, a través de los antiguos túneles.

La mención de esa palabra sumió la sala en silencio durante un largo instante, y de nuevo G'Mai Duris levantó una objeción.

—Debo ir. Obi-Wan arriesga su vida por mí.

—Más tarde, quizás, cuando vuelvas a ser macho —dijo Kosta, con su mirada esmeralda destellando con compasión—. Pero ahora no eres tan fuerte y ágil como lo serás entonces. No podemos arriesgarte. Eres nuestra imagen de cara a los extraplanetarios.

Duris tomó las manos de Obi-Wan en las suyas.

—Entonces, ve con suerte —dijo.

Obi-Wan asintió.

—La Fuerza es lo que necesitaremos. —Se volvió a Jesson—. Bien, si hay que hacerlo, será mejor hacerlo rápidamente.

Y dejaron la cámara juntos.

## Capítulo 2

Sobre ellos se elevaba ChikatLik, la ciudad capital de Ord Cestus, una metrópoli de seis millones de habitantes construida en una burbuja de lava natural modificada por la colmena. El vidrioso gris natural de la burbuja era un arco iris de colores reflejados de las luces y holoanuncios de la ciudad. ChikatLik amalgamaba la arquitectura de cientos de culturas, era un bosque de capiteles retorcidos y raíles elevados, vías aéreas llenas de lanzaderas droide, taxis, transportes personales y tranvías de todo tipo. Las paredes de la burbuja ocultaban una red de

sistemas de transporte dentro del propio suelo: trenes subterráneos, de levitación magnética, maravillas tecnológicas que transportaban trabajadores, ejecutivos, mineral, y equipo.

Pero ahí abajo, muy por debajo de las calles de ChikatLik, sólo existía la colmena. Las generaciones de constructores de la colmena habían masticado y habían excavado a través del suelo. La textura de las paredes tenía una apariencia de duro cemento masticado que Obi-Wan había notado en otras partes de ChikatLik, evidencia clara de la construcción x'ting.

Más abajo, en los túneles más profundos, las paredes estaban cubiertas con parches rectangulares de hongo blanco manipulado que emitía una firme luz azulada.

—¿Es esta vuestra forma de iluminación? —Preguntó Obi-Wan.

Jesson asintió.

—El hongo se mantiene bien aquí, se alimenta y prospera. En otras partes crece salvaje, y el hongo se va comiendo las paredes, ensanchando lentamente los túneles.

El hongo había tallado la roca haciendo que pareciera la superficie de alguna escultura antigua. Obi-Wan pasó sus dedos por encima de él mientras caminaban, sintiendo como que estaba leyendo la historia secreta de un antiguo libro x'ting.

—¿Cuántos forasteros han estado aquí? —Preguntó.

—Eres el primero —respondió Jesson.

Obi-Wan suspiró. El tono de Jesson había sido plano y frío. Él y el x'ting tenían que llegar a un entendimiento, pero esperaba retardarlo hasta que hubieran pasado un poco más de tiempo juntos.

—¿Adónde conduce este túnel?

Jesson se volvió hacia él, sonriendo con desprecio.

—Escucha, Jedi. Yo seguiré mis órdenes y te llevaré conmigo, pero no tiene por qué gustarme. Vosotros, los extraplanetarios, arruinasteis nuestro planeta. Nos estafasteis y nos lavasteis el cerebro y corrompisteis a nuestros líderes...

—Si estás pensando en Quill, creo que ha sido retirado del consejo.

—Y reemplazado por Duris —dijo Jesson—. Dudo que ella sea mucho mejor.

—Si tienes a tus líderes en tan baja estima, ¿por qué los obedeces?

Jesson se irguió completamente.

—Yo obedezco a mi entrenamiento, y a las reglas de mi clan. Soy leal a la colmena, no meramente al consejo. Y ahora el consejo desea el retorno de los monarcas. Yo les ayudaré a hacerlo. —Sus alas temblaron un poco. A la luz del hongo parecían láminas de hielo azul pálido—. No te equivoques, Jedi. Yo te llevaré conmigo. Pero las fantasías sobre tus grandes poderes no te salvarán en las profundidades de la colmena. Quizá Duris crea que algún hechicero de Coruscant salvó una vez a los pobres e ignorantes x'ting, pero yo soy ninguna larva lloriqueante para creer tales cuentos.

—De acuerdo —dijo Obi-Wan mientras continuaban adentrándose en el túnel—. Yo nunca oí hablar de ellos, así que no voy a pedirte que los creas.

Jesson se encogió de hombros, aunque parecía satisfecho de que Obi-Wan no

estaba intentando convencerle.

—Es típico en los pueblos colonizados identificarse con sus opresores. Este anhelo de un rescatador alienígena resulta lamentable. Es odioso para la colmena.

Obi-Wan estaba a punto de hablar cuando Jesson levantó sus brazos primarios.

—Sé muy silencioso.

El x'ting atravesó una cortina de musgo colgante. Curiosamente, una vez en el otro lado Obi-Wan oyó un firme zumbido. El musgo parecía haber funcionado como algún tipo de aislante.

Entonces Obi-Wan se quedó boquiabierto. Sintió que había entrado en un reino de fantasía, donde la misma gravedad había sido suspendida.

Colgando del techo había una serie de esferas azules hinchadas unidas como por un adhesivo invisible. Ninguna pierna o brazo o algo similar a una cara era visible. Pudo darse cuenta de que estas criaturas eran de la misma especie que Shar Shar, el ayudante de la regente Duris, pero mucho más grandes. Eran vagamente translúcidos, con venas azules delgadas. A la débil luz de los hongos pudo ver órganos latiendo lentamente, así como algún tipo de estómago estirado o ampolla.

—¿Qué son estas criaturas? —Preguntó Obi-Wan.

—Son de una especie llamada zeetsa. Nosotros los alimentamos, y ellos producen un alimento llamado vitaleche. Antiguamente nuestro pueblo dependía de ellos, y vivíamos todos juntos. Pero con el tiempo desarrollaron más mente y voluntad. A aquellos que desean unirse a nuestra sociedad se les permite hacerlo, mientras que aquellos que escogen una existencia más pacífica y silenciosa pueden tenerla también.

Suspiró, y por un momento pareció olvidarse de su antipatía hacia Obi-Wan.

—La vitaleche es una gran exquisitez. —Se volvió hacia el Jedi—. Como extraplanetario, podrías permitirte ese lujo con más facilidad que la mayoría de los x'ting.

Las superficies azuladas de las criaturas productoras de vitaleche emitían un pacífico fulgor calmante, pero incluso si Jesson hubiera insistido, Obi-Wan no habría probado ese manjar de momento. Uno nunca sabía los efectos, ni siquiera los benignos de las comidas alienígenas, y él tenía que contar con todos sus sentidos en las próximas horas.

La sala era calurosa, hasta el punto de que la temperatura resultaba incómoda, y Obi-Wan determinó rápidamente que el calor emanaba de los muchos cuerpos agolpados.

Mientras miraba, la superficie lisa de uno de los globos empezó a irritarse. Una protuberancia reconocible como una nariz apareció, seguida por dos cuencas oculares, casi emergiendo de la superficie como una criatura que flota a través de una piscina de aceite. Obi-Wan parpadeó, sobresaltado, cuando caras similares crecieron en dos de las otras esferas. Caras genéricas, una especie de mezcla entre un x'ting y un humano, casi como si los zeetsa no tuvieran realmente ninguna forma propia, y en cambio tomaran prestada la apariencia de sus vecinos.

Las tres esferas con caras se giraron para mirar a los intrusos que los habían

despertado de su largo y productivo letargo.

Escuchó algo borbotear en la sala, y pensó que era la versión zeetsa de un discurso. Estaban hablándose, preguntándose, quizás, quién **era** este extraplanetario...

No... no quién, sino *qué*. Si Jesson tenía razón, ningún otro extraplanetario había llegado nunca hasta allí, y eso significaría con toda seguridad que nunca habían visto a un ser humano.

La sala era tan grande como una bahía de atraque de un crucero estelar: inmensa, y silenciosa salvo por ese constante murmurar. Obi-Wan sentía como que estaba atravesando el cuarto de unos niños que dormían, salvo por las inquietantes caras que aparecían en la superficie lisa de los bulbos que se balanceaban en el aire, desafiando la gravedad. Uno de ellos formó unos labios y una boca reconocibles, y él se detuvo por un momento, anonadado. Ante sus ojos, su propia cara apareció, barba incluida, grabada en la superficie de la esfera azul.

Y entonces las comisuras de la boca se elevaron.

—Está intentando comunicarse —susurró, atónito.

—Está soñando —dijo Jesson—. Y tú eres una parte del sueño.

El bulbo rotó para seguirles mientras alcanzaban el lado opuesto de la caverna. El túnel era más oscuro que el lugar de descanso de las criaturas de vitaleche, y Obi-Wan guardó esa imagen final, la sonrisa de una durmiente criatura irracional, para llevársela con él en la oscuridad.

### Capítulo 3

El túnel que los alejaba de la cámara de los zeetsa era más angosto. Si él lo hubiera deseado, Obi-Wan podría haber arrancado con sus codos el hongo blanco azulado de ambas paredes mientras caminaban. El moho aquí crecía en parches salvajes, algunos de ellos en manchas bajo los pies, lo suficientemente resbaladizas para que un explorador incauto se torciera un tobillo. El musgo salvaje daba aquí una luz más débil, y de vez en cuando Jesson usaba una barra luminosa para abrir el camino. El propio aire se sentía mohoso y pesado. Obi-Wan supuso que nadie había estado allí durante años.

—¿Dónde estamos ahora? —Preguntó.

—Más lejos de lo que he llegado nunca —contestó Jesson—. Pero sé lo que nos espera delante.

—¿Qué, exactamente?

—La Sala de los Héroes —dijo Jesson—. Allí es donde se honraba a los mayores líderes de nuestro pueblo, hace tiempo, antes de que los clanes se separaran tras la plaga. En ese mundo, cada guerrero se esforzaba por realizar un gran servicio para la colmena, para que su imagen pudiera aparecer un día en la sala.

—¿Y qué hay de la gente que permaneció aquí abajo? —Preguntó Obi-Wan.

—Ellos son los verdaderos x'ting —dijo, con una pizca de orgullo asomando en su voz por primera vez—. Quizá cuando esto haya terminado me quede con ellos.

Se dice que creen que nosotros, los x'ting "superficiales", hemos olvidado las antiguas costumbres. Y tienen razón.

—¿Intentarán detenernos?

—No lo creo. Ellos, más aún que los de la superficie, han esperado el retorno de los monarcas. De hecho —agregó—, una vez que hayamos abierto la bóveda, no puedo pensar en mejores manos a las que confiar los huevos.

Obi-Wan se detuvo.

—Los huevos serán entregados al consejo, Jesson.

Los ojos del x'ting chispearon.

—Sí. Por supuesto.

Obi-Wan no confió en esa respuesta. ¿Podría entregar Jesson los huevos a los x'ting que acechaban en las profundidades de la colmena? Y si lo hiciera, ¿cómo debía él, Obi-Wan, responder?

*Cada cosa en su momento*, pensó. Tenían mucho que superar antes de que eso supusiera un problema.

El túnel acababa en una puerta de metal gigantesca, cerrada a cal y canto, y tan oxidada que casi parecía una parte natural de la pared.

Jesson pasó sus manos por la superficie.

—Éste es el camino trasero hacia la bóveda. Debemos pasar por la Sala de los Héroes, donde todavía viven los antiguos x'ting. Hace muchos años erigieron esta puerta para impedir el paso a la plaga. Para mantenernos fuera de sus vidas—. Volvió la mirada hacia Obi-Wan—. Tendremos que abrir la puerta.

—Eso puedo hacerlo —dijo Obi-Wan. Desenfundó su sable de luz y activó su rayo esmeralda. Luego respiró profundamente y lentamente empezó a apretar su hoja en la puerta. El sonido siseante llenó la oscuridad. El metal líquido chirrió al vaporizarse. Al cabo de unos momentos había quemado un agujero del tamaño de un puño en la puerta. Obi-Wan se detuvo y miró a través de él. Nada más que oscuridad al otro lado. Escuchó. Nada.

No. Nada no. Algo andaba furtivamente al otro lado de la puerta. Pero era algo distante. Garras en metal y piedra. Aparte de eso, silencio.

Los dedos de los brazos secundarios de Jesson se retorcieron con tensión.

—¿Hay algo que no me hayas contado? —Preguntó Obi-Wan.

—Hay historias —admitió Jesson—. Hace cinco años, cuando intentamos recuperar los huevos, uno de mis hermanos pasó por otra abertura. Sé que consiguió llegar hasta la Sala de los Héroes. Pero después de eso... —Se encogió de hombros—. Perdimos la comunicación.

—Ya veo. —A Obi-Wan no le gustó como sonaba eso. Podría implicar demasiadas cosas.

Ensanchó el agujero, y luego esperó a que el metal se enfriase para que pudieran pasar a través de él.

—Yo iré primero —dijo. El moho en la siguiente cámara apenas era suficientemente brillante como para revelar un espacio gran vacío con suelo de roca. La sala era quizás de unos veinte metros de ancho, con paredes suavemente convexas—. Parece despejado —dijo, y entonces se deslizó al otro lado,

inmediatamente alerta.

Por la luz de su sable de luz pudo ver que el suelo de la cámara, aproximadamente esférica, era de piedra pulida. En el centro había una escalera de piedra descendente. Obi-Wan supuso que llevaba a otra cámara bajo ellos.

Jesson se arrastró ágilmente a través del agujero quemado y permaneció de pie, sosteniendo su barra luminosa.

—¿Nunca has estado en aquí? —Preguntó Obi-Wan.

—Nunca. Y tampoco ningún miembro vivo de la colmena superior —dijo—. Creo que ahora estamos dentro de la estatua más grande de la Sala de los Héroes x'ting.

Empezaron a bajar los escalones, girando en una escalera de caracol mientras descendían alrededor de una única columna de roca en mitad de una cámara tallada en la piedra. *¿Tallada? Masticada*, pensó Obi-Wan.

—Algo va mal —dijo Jesson. La cautela se palpaba en la voz del guerrero x'ting.

—¿Qué?

—Huelo mucha muerte —dijo.

El propio silencio era tan opresivo que era imposible para Obi-Wan no estar de acuerdo con él. Algo iba mal, él podía darse cuenta de ello también. A mitad del descenso, Jesson apuntó su luz al suelo bajo ellos.

Por un instante, Obi-Wan no pudo creer lo que estaba viendo. El suelo entero de la cámara estaba cubierto con caparazones vacíos, estrellados. Innumerables montones de ellos, esparcidos como huesos en la guarida de un gran depredador.

—¿Qué pasó aquí? —Susurró Jesson.

—¿Tú qué crees?

Los fragmentos de exoesqueleto, los cráneos y piernas y piezas torácicas, parecían observarles fijamente, burlándose de ellos y advirtiéndoles al mismo tiempo.

—O bien se arrastraron hasta aquí por millares y murieron, o...

—¿O qué? —Preguntó Obi-Wan.

—O algo los arrastró hasta aquí.

Obi-Wan se agachó, pasando sus dedos a lo largo de los bordes rotos de un caparazón. No había ni rastro de humedad en la carne restante. Esto había pasado hace años.

Se levantó y lideró la marcha por la escalera de piedra descendente en el centro de la sala. La retorcida salida no tenía ninguna baranda, y habría sido una caída dolorosa si le hubiera pillado por sorpresa. El polvoriento olor a muerte vieja y olvidada subía para envolverles.

Cuando alcanzaron el fondo, su pie aplastó con un crujido el caparazón de una pierna.

—Luz —dijo tan sólo, y la tomó de la mano de Jesson.

Los caparazones habían sido cascados. No se veía que quedase nada de la carne marchita. ¿Devorado? Por donde quiera que mirase, no había más que resquebrajados exoesqueletos profanados de x'ting muertos.

Jesson se puso en cuclillas tras Obi-Wan, examinando los restos.

—Yo... no lo entiendo —dijo cuando Obi-Wan le devolvió la barra luminosa. Algo en su voz causó un escalofrío en el Jedi.

—¿Qué pasa? —Preguntó Obi-Wan.

—Mira estas marcas de mordiscos.

Obi-Wan las inspeccionó. Los caparazones habían sido de hecho abiertos a mordiscos, no cascados con herramientas.

—Sí. Salvaje.

—No lo entiendes —dijo Jesson—. Son marcas de dientes x'ting.

Y de repente el horror que había atrapado a Jesson recorrió la columna vertebral de Obi-Wan. Aquí en las profundidades, donde los x'ting habían intentado mantener las antiguas costumbres, algo había pasado. ¿Un clan volviéndose contra otro clan? ¿Una guerra? Como quiera que hubiera empezado, lo que estaba claro era cómo había acabado:

Canibalismo. Esos x'ting se habían comido a su propia gente. No había ningún comportamiento más bajo, ningún adversario más aborrecible. El miedo a ser matado por un oponente siempre estaba presente, era una parte natural de la vida de un guerrero. Pero la idea de ser asesinado y luego devorado... eso era otra cosa.

—Sugiero que nos mantengamos en movimiento —dijo.

—Estoy de acuerdo —dijo Jesson, mordiendo las palabras. Y continuaron cruzando la sala.

Algo se movió. Obi-Wan no podía verlo, ni oírlo; lo sintió, un desplazamiento del aire a su alrededor, una perturbación en la Fuerza.

—Creo que no estamos solos —dijo.

Jesson alcanzó la vara de tres secciones sujeta a su espalda. Las secciones eran de cristal o de algún material acrílico claro, conectado por cortos fragmentos de cadena. *Garrote y látigo, todo en uno*, pensó Obi-Wan. Deseó que el x'ting lo usara con gran destreza.

—Esa puerta —dijo Jesson, indicando una abertura en el lado lejano de la sala. Esa sala, al igual que la superior, tenía una pared cóncava, pero en un ángulo más abierto.

—Lleguemos hasta allí —dijo Obi-Wan—. Rápidamente. Aunque sospecho que es allí donde nuestra compañía nos espera.

Los labios de Jesson se elevaron sobre sus dientes, mostrando múltiples filas pequeñas y afiladas. Obi-Wan se cuidaría muy mucho de dejar que esas mandíbulas atraparan su brazo.

—Que se acerquen —dijo el x'ting.

Paso a paso progresaron por el suelo. Casi estaban junto a la puerta cuando el olor del aire cambió. Sólo un poco, un aroma irritante que flotaba hacia ellos en la más débil de las brisas. Algo que secaba la lengua y la garganta, un picor ácido, vestigio de gases estomacales. Antes de que pudiera identificar conscientemente el olor, los primeros ojos resplandecientes aparecieron. Reluciendo. Facetados, parpadeando ante ellos en la oscuridad.

Y entonces les atacaron.

Jesson dejó caer su lámpara casi enseguida, y aunque no se extinguió al golpear el suelo, la luz que daba quedó sesgada y parcial. El resplandor del sable de luz de Obi-Wan era más brillante, incrementándose con zumbidos y llamaradas cuando encontraba el arma o el cuerpo de un oponente.

Eran x'ting —el Jedi estaba seguro de eso—, pero x'ting de una variedad diferente a todos los que había visto hasta ahora. No estaban especializados para el combate: eran excavadores, trabajadores. Las mandíbulas sobredimensionadas implicaban que ellos podían ser los que producían la sustancia masticada que caracterizaba la colmena.

La mayoría de ellos llevaba pesadas palancas de metal. ¿Armas? ¿Herramientas? Fuera cual fuese el propósito para el que habían sido pensadas originalmente, las barras aplastarían cualquier hueso que golpeasen.

No había tiempo para pensar. Los mandobles del sable de luz de Obi-Wan eran amplios y largos. Los x'ting excavadores caían ante él como el grano ante la guadaña. Siseaban y seguían llegando, aullando.

Obi-Wan medía su respuesta, permitiéndoles acercarse a él, y luego tomando una postura agresiva cuando tenía la ventaja. Ferozmente rápido, los x'ting caníbales atacaron en una ola aterradora, simplemente agitando sus barras de metal, confiando en su superioridad numérica para conseguir la victoria.

Contra un Jedi, eso no era suficiente.

El aire alrededor de Obi-Wan siseaba mientras su sable de luz atacaba y giraba. Tras de los primeros instantes había ajustado su paso y estilo de ataque, y pudo observar con un poco más de detalle a sus adversarios. Lo primero que comprendió fue que eran casi ciegos tras años de vagar en la oscuridad, e indudablemente cazaban mediante el olfato o el oído. La hoja brillante de su sable de luz asustó algunos de ellos, congelándolos en el sitio, haciéndoles vacilar en su ataque. Aquellos que no titubearon murieron siseando con su odio y su miedo.

Entre los golpes, entre respiraciones, Obi-Wan echaba rápidos vistazos para ver cómo le estaba yendo a Jesson.

El guerrero x'ting no necesitaba ninguna ayuda. Se desenvolvía con una agilidad intrépida, agresiva, casi ingravida, pateando y golpeando en todas las direcciones con sus seis extremidades. Su arma giraba como una hélice, tan rápidamente que era casi invisible. Sujetaba su vara de tres secciones primero por un extremo, luego por la sección central, y luego por el otro extremo, girándola y retorciéndola en posiciones defensivas y de ataque, y cada vez que lo movía, uno de sus enemigos caía para no volver a levantarse.

Se agachó, barriendo los pies de varias criaturas bajo ellos, y cuando se alzó, Jesson giró en una feroz posición de ataque que imitaba a una araña acercándose furtivamente a los hilos de su red.

Sus atacantes los rodearon, siseando y girando mientras Obi-Wan y Jesson unían sus espaldas e inspeccionaban la horda.

—No podemos matarlos a todos —dijo Jesson.

—No —confirmó Obi-Wan—. Pero no tenemos por qué hacerlo. ¡Sígueme!

Sin más palabras, el Jedi se zambulló en la masa de caníbales, abriéndose paso



hacia la puerta. Se esforzó por no pensar en lo que les pasaría —o a Jesson, al menos—, si eran superados. Era mejor quedarse en el reino de la Forma III, la modalidad de combate de sable de luz en la que había practicado tanto tiempo. Era mejor, y no menos efectivo, para alguien que entendiera que la defensa y el ataque eran dos caras de la misma moneda.

Izquierda, derecha, izquierda... desviaba golpes, destrozaba armas, y separaba extremidades en una deslumbrante pantalla cegadora, que creaba líneas llameantes en la oscuridad. Sus enemigos, aunque feroces, tenían la desventaja de su casi total ceguera; sólo un hambre antinatural los impulsaba a seguir.

Parecían estar despertando en oleadas, arrastrándose fuera de los agujeros oscuros en los que habían entrado. ¿Estas cosas habían malvivido en la oscuridad, en los desperdicios y la basura que cualquier gran ciudad produce? Coruscant también tenía sus necrófagos, gángsteres y criaturas sin casa ni hogar que habían abandonado la luz para vivir en los resquicios de los tejidos sociales. Pero las criaturas que los rodeaban ahora rivalizaban con lo peor que esa gran ciudad planeta pudiera ofrecer.

—¡Corre! —Exclamó Jesson, y corrieron a toda velocidad hacia la puerta. El pasaje se estrechaba, y era un poco más difícil para los caníbales localizarles, haciendo la defensa bastante más fácil. Ahora podía ver la escalera, sólo una docena de metros más allá.

Obi-Wan giró 360 grados; vislumbró a Jesson mientras desviaba y atacaba, con su vara de tres secciones aplastando cabezas y haciendo que sus enemigos comenzaran a huir a un lugar más seguro.

Pero entonces una masa de cuerpos retorciéndose se arrojó de repente contra Jesson, y el guerrero cayó. Obi-Wan llegó justo a tiempo para detener una lanza dentada que se dirigía a su guía; su sable de luz destelló, dejando el atacante aullando con un miembro amputado. Usando la Fuerza para lanzar a otro a un lado, el Caballero Jedi se agachó rápidamente, ayudando Jesson a levantarse del suelo.

No sabía como se mostraba el miedo en la cara de un x'ting, pero estaba bastante seguro de que ésa era la emoción dominante en esos ojos rojos facetados. El miedo y la certeza de muerte, y quizás algo más.

Obi-Wan le soltó y Jesson corrió hacia el enemigo, dejando atrás su palo triple. Al principio el corazón de Obi-Wan se hundió; luego, cuando el Jedi miró, el guerrero x'ting estaba desarmando al primer caníbal que le golpeó, arrebatando una lanza de las manos de la criatura. Jesson hizo girar la jabalina hasta que fue poco más que un borrón letal, haciendo correr a los caníbales aullando hacia las sombras. Pateaba y golpeaba, amagando con su púa, y destrozando cabezas con su lanza. Pronto se liberó, y él y Obi-Wan comenzaron a descender por una escalera de mano, en un largo y angosto tubo, hacia la oscuridad.

## Capítulo 4

Mano sobre mano, Obi-Wan y Jesson descendieron por un hueco tubo de piedra apenas más ancho que sus hombros. Mientras se aferraba a cada escalón de la escalera de mano, Obi-Wan se preguntaba: ¿qué harían si el final estaba sellado? ¿O bloqueado? En un lugar tan terriblemente estrecho, no había espacio para maniobrar. A los caníbales les bastaría con dejar caer rocas sobre ellos hasta que...

Entonces su pie tocó el suelo. Jesson alcanzó el fondo un momento más tarde, y se encontraron en una gran cámara rocosa.

Usando su lanza capturada como bastón, Jesson condujo a Obi-Wan lejos de la escalera de mano, a través de una cámara tan ancha como un estadio de Chin-Bret. Oscuras coronas de moho iluminaban algunas de las paredes: estatuas inmensas se alineaban en la sala, gigantescas imágenes de x'ting regios, en varias imponentes posturas, cada una de ellas de por lo menos treinta metros de altura, algunas de dos veces ese tamaño. Apenas podía distinguir los rasgos insectoides. La mayoría estaban construidas en una de las paredes, en una hilera aparentemente interminable. Unas pocas eran independientes.

El Jedi se dio cuenta de que, a pesar de la lanza, Jesson estaba cojeando, y parecía jadeante.

—Podemos descansar, si lo necesitas —dijo Obi-Wan.

—No —articuló Jesson con dificultad—, quiero alejarme de la entrada tanto como sea posible.

Obi-Wan miraba atrás.

—No parece que nos estén siguiendo —dijo.

Jesson se detuvo, frunciendo el ceño.

—Tienes razón. Me pregunto por qué.

Obi-Wan consideró las posibilidades, y no le gustó lo que le vino a la mente. ¿Bajo qué circunstancias dejaban los depredadores de perseguir carne fresca en espacio abierto?

—¿Estas estatuas están huecas?

—Quizás. —Jesson hizo una pausa—. Creo haber oído hablar de ello, sí.

—Quizás ellos viven allí. Podrían estar mirándonos ahora.

—¿Pero por qué no nos siguen?

—Miedo. De nosotros, o... —De repente, el suelo abierto de la caverna parecía demasiado expuesto y vulnerable para el gusto de Obi-Wan—. Permanezcamos en movimiento, ¿de acuerdo?

Jesson asintió y dirigió la marcha por el espacio abierto entre la escalera de mano y su destino, una pared de la caverna a unos centenares de metros de distancia. El suelo bajo sus pies era esponjoso, más como el fango de una granja que como la tierra de una cueva rocosa.

—Por aquí —dijo Jesson, y cuando ellos hubieron cruzado la caverna, se apoyó contra la pared, abriendo la boca para tomar aire.

Mientras se tomaban un respiro, Obi-Wan miró el camino por el que habían venido. Las vastas estatuas se difuminaban tanto en la oscuridad que apenas podía distinguir las. ¡Menuda vista tendía esta cámara con una buena iluminación! La estatua por la que habían bajado a la cámara era la más grande de todas, con

su contorno desvaneciéndose en las sombras. Era la imagen de algún gran líder o guerrero, ¿quizás la última gran reina que había tragado su orgullo para llevar a su pueblo a los brazos de la República...?

Jesson hizo una pausa, tomando un sorbo de un pequeño frasco de agua. Agitó su cabeza, y las gotas de agua cayeron sobre el mechón de pelaje de su tórax.

—¿Estás bien? —Preguntó Obi-Wan.

—No —contestó Jesson. Hizo una pausa y luego agregó—: Gracias por salvarme. —Lo dijo de mala gana, como si las palabras dolieran en su boca.

—Somos compañeros —contestó simplemente Obi-Wan—. ¿Por dónde, ahora?

—Bueno... la otra entrada, la que se selló tras de un intento fallido, estaría por estos túneles. —Se empujó lejos de la pared, y caminaron a lo largo del borde lejano de la caverna. Los pies de Obi-Wan se hundían en la tierra escamosa a cada paso, una sensación no completamente placentera. La tierra se endureció, y de repente se encontraron en una tira de roca de un metro de ancho que subía a lo largo de la pared.

Obi-Wan estaba contento estar lejos del suelo suave de la cueva. Algo sobre eso lo perturbó. ¿Qué había pasado aquí exactamente? Su mente intentó resolver el enigma, enfocando el problema desde distintas direcciones mientras el suelo bajo ellos empezaba a convertirse en una cuesta escarpada.

Treparon a lo largo del camino ascendente durante varios minutos, alcanzando finalmente un grupo de rocas caídas que enterraban la senda. No había ningún camino a su alrededor. Obi-Wan se asomó por un lado: estaban ya tan lejos del suelo que el rayo de su barra luminosa simplemente se disolvía en la oscuridad. Jesson atizó y empujó las rocas con la lanza.

—Mi hermano debió de haber tropezado aquí con un desprendimiento —dijo. Un alud en miniatura, diseñado para proteger el camino secreto. El hermano de Jesson había seguido un mapa erróneo, o quizás sólo cometió un error. Obi-Wan y el x'ting treparon sobre las rocas y miraron fijamente al otro lado. Jesson apuntó hacia el camino—. Allí es donde está la otra puerta. A partir de aquí, todo parece correcto.

—Así lo espero —dijo Obi-Wan sobriamente—. No me agrada demasiado la idea de volver a través de la estatua.

—Ni a mí. Bien. Bueno. Tenemos asegurada nuestra vía de escape... creo. Sigamos el mapa.

Descendieron de las rocas caídas, y entonces siguieron la rampa hasta un poco más abajo. Brillando a la luz de la barra había más estatuas de varios x'ting en poses heroicas. Jesson las estudió cuidadosamente.

—Esto es lo que necesitamos —dijo. Entonces comenzó a murmurar para sí mismo en el idioma chasqueante de su pueblo.

Algunas de las imágenes grabadas representaban x'ting con los brazos primarios y secundarios cruzados, y las piernas abiertas. Algunas estaban en el estado de machos, y otras en el de hembras. Alrededor de las cabezas de estas imágenes de gran tamaño había grupos de grabados en miniatura de similar diseño.

De repente Obi-Wan comprendió lo que estaba mirando: jeroglíficos, imágenes

extraídas de pictogramas x'ting y pasajes cestianos. Todo era muy antiguo, de los inicios del idioma escrito. Jesson estaba leyendo la pared.

—Sonidos y olores —dijo Jesson—. Nuestra cultura está basada en ambos. Hay un código escrito aquí, y si tan solo pudiera recordar el antiguo x'tingiano, seremos capaces de encontrar el próximo pasaje.

Olfateó a lo largo de la pared, la estudió, apoyándose casi al borde de la rampa. Obi-Wan miraba hacia abajo, al vacío negro como la tinta. Había cincuenta metros hasta el suelo. Una mala caída.

—Dale más fuerza a la luz —susurró Jesson.

Obi-Wan lo hizo. Había otro nivel de imágenes sobre el más bajo, y Jesson sonrió.

—¿Ves estas imágenes? Aquí dice: No somos individuos, sino parte de la colmena. No debemos esforzarnos solos, sino hombro con hombro, y sobre los hombros de los anteriores héroes de la colmena.

Obi-Wan asintió. Un hermoso sentimiento.

—Por favor. Elévame —pidió Jesson, dejando su lanza a un lado.

Por un momento, Obi-Wan asumió que estaba pidiéndole que le iluminase, pero luego se dio cuenta de que Jesson hablaba bastante literalmente. Ahuecó sus manos, y el x'ting subió, balanceándose con sus cuatro manos extendiéndose contra la pared, palpando a su alrededor. Entonces sus dedos encontraron sus objetivos, y Obi-Wan oyó un agudo chasquido.

La pared se deslizó hacia atrás, y una abertura apareció. Jesson se lanzó hacia ella y desapareció en el agujero. Por un momento Obi-Wan estuvo preocupado; luego la cabeza de Jesson reapareció.

—Todo despejado. Un pasaje entre las cámaras.

Alargó un brazo, y Obi-Wan le pasó la lanza. Jesson agarró la punta mientras Obi-Wan recogió la Fuerza a su alrededor y brincó a la abertura. Entonces el x'ting desapareció en el agujero.

El agujero tenía menos de un metro de ancho, lo suficientemente grande para arrastrarse, pero no mucho más. La oscuridad los tragó completamente, pero Jesson avanzaba delante de él, y Obi-Wan no tenía ninguna opción salvo seguirle.

Estaban en las profundidades de la colmena. Las paredes y el techo eran completamente de piedra masticada. El tubo, aproximadamente pentagonal, se ramificaba en numerosos túneles laterales. Una y otra vez Jesson olfateaba el camino y encontraba un marcador de viejo olor que indicaba el camino.

La aspereza de la superficie masticada amenazaba con desgastar las manos de Obi-Wan, y la tensión de apoyarse en los dedos de los pies al arrastrarse estaba quemando lentamente los músculos de sus pantorrillas y hombros. La fuerza de su respiración resonaba en el tubo, haciendo parecer el pequeño espacio aún más reducido.

Entonces Jesson suspiró, un sonido largo, bajo. El guerrero x'ting fue perfilado por un fulgor oscuro que venía de alguna parte de delante de ellos. Hizo un leve murmullo de chasquidos, y desapareció de la vista.

## Capítulo 5

Cautelosamente, Obi-Wan se arrastró hacia delante hasta que alcanzó el final del túnel, y miró al exterior.

—Baja —susurró Jesson.

No había ninguna necesidad de susurrar. Nada habitaba en aquella cámara. Sus paredes estaban atestadas, desde el suelo hasta el techo, de pequeñas cámaras pentagonales vacías, cada una de algo menos de un metro de diámetro. ¿Un criadero de larvas x'ting? Obi-Wan se arrastró fuera y saltó a otra cornisa inclinada.

Los ojos facetados de Jesson brillaron débilmente con lágrimas.

—Esta es una de las antiguas cámaras de cría —dijo—. Cambiamos en muchos aspectos cuando llegó la República. La colmena nunca volvió a ser la misma. Pero esto sigue tal y como era antes.

Aquí el hongo luminiscente brillaba lo suficiente como para dar una vista brumosa del suelo veinte metros por debajo de ellos. Estaba cubierto con cáscaras de crisálida rotas, algunas de las cuales podrían llevar allí mil años estándar. ¿Este lugar habría llegado a conocer alguna vez la luz o el resplandor de una estrella? Cuando los ojos de Obi-Wan se ajustaron a la luz, pudo ver capiteles de roca subiendo irregularmente a través de la tierra desde debajo de las cáscaras x'ting vacías. Las estalactitas descendían desde el techo de la caverna.

—¿Es esta la cámara? —preguntó Obi-Wan.

—Al otro lado —dijo Jesson, señalando el camino—, a través de la próxima pared.

Asombroso. Claramente, sólo un x'ting podría orientarse a través de aquel laberinto. Los huevos reales habían sido guardados realmente a salvo.

La cámara era similar a la de la Sala de los Héroes: creada por la erosión del agua en lugar de por máquinas o por el flujo de lava. A pesar de su origen, los cubículos masticados en las paredes de la roca implicaban que había sido modificada durante innumerables épocas de actividad de la colmena, por incontables millones de afanosos trabajadores. Una niebla fina y lechosa cubría el suelo, pero a través de ella pudo ver la gruesa capa de polvo acumulada a través del tiempo.

—¿Cómo se depositó tanto sedimento aquí? —preguntó. Usualmente los sedimentos eran el resultado de los animales y las plantas degradando las rocas con el paso del tiempo. Obi-Wan estaba sorprendido de encontrar tanta cantidad en el subsuelo, lejos de un sol nutriente.

—Recuerda —dijo Jesson, apuntando a las paredes con su lanza—, que miles de generaciones de nosotros vivieron aquí abajo. Así como teníamos constructores, y guerreros, y líderes, también había algunos que masticaban la roca, y sus sistemas digestivos creaban tierra en la que podíamos cultivar nuestras cosechas. Durante eones vivimos aquí, y el interior de Cestus era más amable con nosotros

que la superficie.

Miles de generaciones. Un planeta cuya superficie era arena y roca masticada, y su interior tierra fértil.

Realmente, la diversidad de la galaxia estaba más allá de toda imaginación.

Descendieron a lo largo de esta segunda rampa, y Obi-Wan se encontró perdido en los pensamientos de cómo podría haber sido todo aquello, mucho antes de la época de la República. Se imaginó la colmena pululante de vida, la pareja real presidiendo sobre...

Entonces Obi-Wan sintió un picor en su piel, y volvió inmediatamente al estado de alerta. Una ola de la Fuerza, advirtiéndole.

—Permanece en guardia —susurró.

Jesson agarró la lanza furiosamente con sus manos derechas primarias y secundarias

—¿Qué pasa?

Obi-Wan alzó su mano derecha, pidiendo silencio. Sentía algo, un suave temblor en la tierra bajo de sus pies.

Suave. Como en la cámara anterior.

Suave. Como si hubiera sido arada regularmente.

—Tengo un mal presentimiento sobre esto —dijo Jesson.

—Continuemos hasta el otro lado —dijo Obi-Wan.

—No creo que lo consigamos.

El suelo tembló. ¿Un terremoto?

—¿Qué pasa? —preguntó el Jedi.

—Gusanos —dijo Jesson, con los hombros temblando y sus cuatro manos cerradas en puños—. Debía haberlo sabido. Se creía que se habían retirado a las profundidades del suelo desde la época de... —parecía reacio a seguir hablando— ...bueno, de aquel supuesto Jedi, al menos.

—¿Ese fue el servicio que aquel Maestro Jedi realizó para vuestros monarcas? —preguntó Obi-Wan, sacando su sable de luz. La tierra bajo ellos seguía temblando.

—No lo sé —dijo Jesson. Luego agregó—: Quizás. Sin ánimo de ofender, Maestro Jedi. Tú eres realmente un poderoso guerrero, pero si conozco bien a los políticos, no creo que pasase realmente gran cosa; simplemente fue honrado por ser de Coruscant.

A pesar del peligro que corrían, Obi-Wan no pudo evitar reír entre dientes.

—Mi opinión de los políticos es bastante similar a la tuya —confesó—, pero debo decir que G'Mai Duris parece mejor que la mayoría.

Hubo un abrupto zumbido en la Fuerza, y Obi-Wan agarró a Jesson y saltó hacia atrás justo a tiempo. La tierra debajo de ellos estalló, y surgió la boca del primer gusano. Era castaño oscuro, su piel cubierta con innumerables púas pequeñas, con un anillo segmentado marcado cada tres o cuatro metros. Si las proporciones eran similares a las de otros seres de estas características que Obi-Wan había visto, entonces debía tener al menos treinta metros de largo.

Y el gusano no estaba solo. Dos más surgieron del suelo, abriendo vorazmente

sus bocas. Era demasiado tarde para que Obi-Wan y Jesson retrocedieran en la cornisa, y estaban demasiado lejos para alcanzar rápidamente su destino. Todo que podían hacer era encontrar un lugar seguro en el que permanecer.

Obi-Wan descubrió el primero de varios montículos de caliza que surgían a través de la tierra.

—¡Vayamos a las rocas! —gritó, y corrieron hacia la única seguridad visible. Uno de los gusanos reptaba justo tras ellos, moviéndose casi tan rápido como pudiera correr un humano.

Obi-Wan vigilaba la retaguardia, permitiendo a su compañero alcanzar la seguridad. El Jedi corrió hasta la roca sin perder un instante. Uno de los gusanos intentó arrastrarse tras ellos, pero entonces Obi-Wan se volvió y se enfrentó a él. Su sable de luz destelló, y el gusano gritó. Realmente no se pudo oír ningún sonido, pero lo sintió claramente a través de la Fuerza.

Jesson perdió el equilibrio. La lanza cayó, sacudiendo el polvo, y Jesson resbaló por la roca hacia los anillos ciliados que formaban la boca abierta del gusano. Sus dientes afilados se cerraron sobre la pierna derecha del x'ting, aserrando. Obi-Wan llegó allí en un instante, y rebanó la cabeza de la criatura. Cercenada, la cabeza cayó a la arena... pero el resto del cuerpo todavía seguía vivo, retorciéndose.

Jesson se recuperó, con la pierna lacerada pero todavía funcional.

—Gracias, Maestro Jedi —dijo, estremeciéndose. Obi-Wan inspeccionó la herida: la cáscara quitinosa estaba astillada, exponiendo el tierno músculo rosa. La vendó como mejor pudo, y Jesson, por su parte, no hizo un solo sonido de dolor, aunque tenía que ser brutal. Cuando acabó, Obi-Wan miró por debajo de ellos. Cuatro gusanos se arrastraban ahora por encima y por debajo de la tierra, y no mostraban ninguna señal de querer abandonar la persecución.

De modo que eso era lo que les había ocurrido a los x'ting "auténticos", aquellos que quedaron atrás. La tierra que habían trabajado durante eras para cultivar sus cosechas —enterrando en ella a sus muertos, fertilizándola con sus desechos— se había vuelto finalmente lo suficientemente profunda como para ocultar depredadores. Los x'ting de la primera caverna habían sido pillados desprevenidos, dirigiéndose hacia las estatuas huecas. Y una vez allí, fueron incapaces de abrir las puertas de metal selladas. Allí, en la oscuridad, llegaron a un estado de desesperación tal que recurrieron al canibalismo. Habían sido atrapados.

Atrapados, al igual que Obi-Wan y Jesson lo estaban sobre uno de los escasos promontorios rocosos de esa segunda caverna. Obi-Wan sentía el primer diminuto susurro de desesperación e hizo rechinar sus dientes. No fallaría. No moriría. No aquí, en la oscuridad. Tenía un trabajo que hacer; encontraría una forma de hacerlo.

Los gusanos sisearon, con sus cilios moviéndose de un lado a otro con un escalofriante apetito antinatural.

Jesson hizo una mueca y subió un poco más alto cuando otro gusano intentó ascender a la roca. Obi-Wan lo chamuscó con el sable de luz, y se retiró sin un sonido. Una vez más Obi-Wan pudo sentir su chillido a través de la Fuerza.

La tierra se encorbaba en surcos. De los dos extremos lejanos de la cueva

aparecían gusanos adicionales, arando al suelo y rechinando hacia ellos. Ya debía haber unos diez o quince en total. Unos más grandes, otros más pequeños, todos letales.

—Quizá nos huelan. O nos oigan. O estén llamándose unos a otros, invitándose a la cena. —Apuntó con su luz hacia ellos—. ¿Qué es eso? Hay algo allí.

Apoyándose en su pie herido, Jesson subió más alto en la roca, iluminando con su barra luminosa mientras lo hacía.

De hecho, había algo colgando sobre la roca. No, comprendió Obi-Wan cuando subieron. Algo no. Alguien. Y no estaba colgando.

Atado a la roca con un trozo de soga estaba el cadáver disecado de un x'ting. Poco quedaba de él, excepto el caparazón y la carne seca.

—¿Qué pasó aquí? —susurró Jesson—. Éste era mi hermano de nido Tesser. Consiguió llegar hasta aquí, y no más allá. —Subió más alto para tocar con su propia frente la frente marchita de su hermano muerto—. Subió hasta aquí para escapar de los gusanos. Se ató para no resbalar por si perdía la consciencia. Por si se debilitaba. Y aquí murió.

De modo que ahora ya sabían lo que había pasado con dos de aquellos que habían intentado llegar a la cámara de los huevos.

—Vamos a morir —dijo Jesson, con voz plana y desprovista de emoción.

—Ése es un pensamiento derrotista —dijo Obi-Wan—. Después de todo, Tesser llegó más lejos que el otro. Quizás nosotros todavía podamos llegar más lejos.

Una chispa de esperanza floreció en los ojos de Jesson.

—¿Tienes un plan, Jedi?

—Aún no, pero lo tendré.

¿A qué distancia estaba la pared lejana? Obi-Wan la midió con los ojos: sesenta metros. Demasiado lejos para correr. Los gusanos atraparían a Jesson, herido, y quizás también a Obi-Wan. Y llegar a la cámara del huevo sin su compañero de x'ting quedaba totalmente descartado. Sin los conocimientos especializados de Jesson, no tenía ninguna oportunidad en absoluto de acceder a la bóveda.

—¿Qué equipo tienes?

—He perdido mi lanza. Tengo la barra luminosa, y un garfio de escalada.

¿Un garfio de escalada? Eso podría resultar útil.

—Déjame verlo —dijo Obi-Wan.

Jesson le mostró el arma. Era aproximadamente del tamaño de un bláster de mano, con una bobina del filamento anidada abajo. Bastante similar al equipo estándar del GER<sup>1</sup>.

—¿Cuánto cable? —preguntó Obi-Wan.

—¿Veinte metros?

En efecto, tenían veinte metros de cable de escalada, como los equipos estándar, pero eso no era suficiente para alcanzar...

A su izquierda sobresalía otro montículo de roca, a unos quince metros de su destino: la pared lejana. La roca estaba aproximadamente a treinta metros de distancia. ¿Conseguirían llegar tan lejos? No, no con la pierna herida de Jesson.

---

1 Gran Ejército de la República (N. del T.)



*Bien. ¿Entonces, qué?*

Obi-Wan miró sobre sus cabezas y descubrió una estalactita de diez metros sobre ellos, a medio camino entre su posición actual y esa punta de roca. Un plan empezó a tomar forma. Dependería de la resistencia de esa estalactita, pero puede que funcionase.

—Voy a probar algo —dijo Obi-Wan—. Si confías en mí, podremos salir de esta.

—Bien, Jedi —dijo Jesson—. No tengo otra opción. Oigamos tu idea.

—Ya lo verás —dijo Obi-Wan, y subió a lo más alto de la punta rocosa. Los gusanos se enroscaban alrededor de la base. De vez en cuando uno o dos intentaban subir, pero no podían conseguir buen agarre en la roca y caían de nuevo, resbalándose.

Obi-Wan tomó el garfio de Jesson y apuntó cuidadosamente, disparándolo a la protuberante estalactita. El cable voló certero, fijando su punta profundamente en la roca. Dio un fuerte tirón; parecía lo bastante firme.

—Bien —dijo—, Agárrate a mi cintura.

Jesson lo miró dubitativo, y luego abrazó la cintura de Obi-Wan con sus brazos fuertes y delgados.

Obi-Wan tomó impulso y saltó fuera de la punta de roca. Volaron en un largo deslizamiento, y el radio de su arco los acercó tanto a la tierra que los gusanos chasquearon hambrientamente, con los cilios moviéndose de hambre o ira.

Jesson se aferraba a él, con los ojos facetados rojos abiertos de asombro mientras volaban...

Entonces el x'ting chilló con una serie de chasquidos aterrados cuando la estalactita sobre ellos se rompió. Estaban en el punto más alto del arco cuando pasó. Un enorme pedazo corto y grueso de roca se liberó y cayó, sabotando su arco. Seguían subiendo, cuando la roca chocó con fuerza contra la tierra, tirando fuertemente de ellos, y haciéndoles caer a tierra un momento más tarde, en un impacto que cortó de golpe el suministro de aire de los pulmones de Obi-Wan.

Corrió tan rápido como pudo, jadeante pero sin ningún deseo de morir convertido en comida para los gusanos.

—¡Corre! —gritó mientras las criaturas avanzaban hacia él. Tuvo la presencia de ánimo suficiente para activar el mecanismo del desenganche del garfio y tirar del cable libre. La bobina tiraba del filamento mientras corría a toda velocidad hacia la siguiente roca, con los pies golpeando esponjosas bolas de polvo del suelo. Jesson estaba cojeando, avanzando demasiado lentamente. Obi-Wan cerró su mente al dolor, agarrado con su brazo derecho, e, ignorando la tensión y forzándose a un mayor esfuerzo, arrastró al soldado x'ting hasta la roca y luego saltó a ella, cuando uno de los gusanos agarró su bota izquierda. Extendió la mano, intentando agarrar la roca, y no pudo encontrar un agarre para impedir los esfuerzos del gusano de arrastrarlo. Pero Jesson había recobrado el sentido, y asió la muñeca de Obi-Wan con sus manos primarias y secundarias. Se aseguró con las piernas y tiró con todas sus fuerzas.

Obi-Wan consiguió asegurar su rodilla contra la roca y empujó, esforzándose para que el gusano perdiera su agarre. Consiguió subir un poco más y entonces,

asegurándose, se volvió con el sable de luz en la mano y cortó a su atacante por la mitad. La porción cercenada cayó al suelo y se retorció, rezumando icores por el extremo, y entonces desapareció en el suelo y se fue.

El Jedi tragó aire y soltó un suspiro de alivio. Miró a Jesson.

—Gracias —dijo.

—Ahora estamos en paz —dijo Jesson. Examinó la pared frente a ellos—. Bueno, ahora estamos a algo más de la mitad del camino.

—Eso podría ser suficiente, si somos inteligentes —dijo Obi-Wan. Subió a la punta de caliza, midiendo la distancia a la pared lejana, esperando tener razón. Por otra parte, era demasiado probable que sus esqueletos fueran, en un futuro distante, encontrados allí, en la roca.

—¿Dónde está la abertura lejana? —preguntó, obscureciendo sus ojos con sus manos—. No puedo verla.

—Hay una cornisa de roca, aproximadamente a cinco metros sobre el suelo —dijo Jesson, señalando.

Obi-Wan entornó los ojos hasta que pudo distinguirla.

—Sí.

—Y más allá de eso está la entrada a la cámara. Puedo hacernos entrar. Después de eso... —el x'ting se encogió de hombros— ...no sé.

—Bien. —Obi-Wan midió la distancia entre la pared lejana y la punta de roca, y encontró una superficie que parecía conveniente.

Disparó el garfio. Una vez más el cable voló certero, fijándose en la roca. Sujetó el otro extremo a la roca. Odió dejar atrás el arma, pero, o bien habría recursos adicionales disponibles al otro lado, o todos sus esfuerzos para sobrevivir serían inútiles.

—Dame la luz —dijo Obi-Wan. Puso la barra luminosa de Jesson a máxima luminosidad y apuntó con ella directamente a los ojos de los gusanos.

Durante muchos años los gusanos habían estado en las cuevas bajo ChikatLik. Pero era posible que no hubieran estado allí abajo el tiempo suficiente para provocarles ceguera; en ese caso, esa potente luz brillante podría resultarles realmente dolorosa y crear confusión entre ellos.

Y claramente lo hizo. Ya habían empezado a huir, con su dolor resonando a través del sentido de la Fuerza de Obi-Wan.

—¡Vamos! —gritó. Y comenzó a avanzar sobre la tierra, mano tras mano, a lo largo del cable.

Veinte metros, más o menos. Los gusanos parecían haberse recuperado de la luz: estaban reptando en dirección a su guarida. Obi-Wan alzó los pies a y los cruzó sobre el cable para apoyarse, y luego activó la barra luminosa de nuevo bajo ellos. Los gusanos dieron su chillido silencioso y se retiraron...

Pero no tan lejos. Obi-Wan extendió sus sentidos a través de la Fuerza, notando a las siseantes criaturas mientras se alejaban reptando. Desenganchó sus pies del cable y volvió a avanzar impulsándose con las manos, incrementando su velocidad.

El cable le cortaba los dedos. El dolor, como el corte de una navaja de afeitar helada, descendió por su brazo hasta el codo. Reprimió un grito, negándose a

abandonar su posición.

¿Podrían los gusanos verles? No estaba seguro, pero Obi-Wan consideró improbable que las criaturas hubieran evolucionado para cazar presas que se balanceasen en el aire por encima de sus cabezas.

Sin embargo, la vibración de la roca caída, y quizás el grito del gusano herido, había convocado más criaturas de lo más profundo de las cuevas. Por la luz fungina a lo largo de las paredes, pudo ver que la tierra debajo de ellos estaba repleta de gusanos, hirviendo con cientos, miles de ellos, desde unos del tamaño de un dedo hasta otros con varios metros de longitud. Se empujaban y golpeaban entre ellos, intentando alcanzar a Obi-Wan y Jesson.

Uno de los segmentos cercenados consiguió saltar del suelo, alcanzando la pernera de Obi-Wan, errando el músculo de la pantorrilla pero enredándose en la tela. Movi6 su cola a un lado y a otro, intentando agarrarse.

Oscilando, agitándose para librarse de esa cosa, Obi-Wan soltó su mano derecha. Tras 6l, Jesson gimió asustado.

Balanceándose con su mano izquierda, Obi-Wan atrajo su sable de luz hasta su mano derecha, lo activó, y cortó a la cosa que colgaba de su pierna. Cercenado, el gusano se desplomó en dos mitades al suelo bajo ellos.

Mano tras mano. Mano tras mano. El cable del garfio aserraba sus palmas, pero encerró el dolor en un pequeño cuarto oscuro de su mente y se concentró en la tarea que estaba llevando a cabo.

Cuando finalmente sus pies estaban sobre la cornisa, se dejó caer y se dio la vuelta. Jesson casi estaba allí, oscilando de un lado a otro como un péndulo. El guerrero x'ting saltó y casi cayó fuera de la cornisa; luchó para recuperar el equilibrio, con Obi-Wan cogiendo su mano.

Ambos estaban ya a salvo en la cornisa, muy por encima de las chasqueantes bocas de los gusanos.

Soltando un suspiro de alivio, Obi-Wan se volvió hacia la pared. Vista desde el lado lejano, la sombra había ocultado un túnel poco profundo, pero la boca era fácil de ver ahora. Al final del túnel estaba insertada una puerta sellada de duracero con algún tipo de dispositivo lector electrónico.

—¿Cómo abrimos esto?

Jesson acercó su cara a la puerta.

—Se dice que cualquier x'ting puede abrir esta puerta. Es lo que espera dentro...

Como si hubiera estado escuchando esas palabras y hubiera cronometrado su propia respuesta, la puerta se abrió. Obi-Wan y Jesson caminaron al interior.

## Capítulo 6

El interior de la cámara tenía una pronunciada forma de huevo, construida con algún tipo de baldosas curvas y blancas, probablemente fabricadas fuera del planeta. Había otras dos puertas: una en el lado lejano de la cámara, y la otra

directamente a la derecha de donde estaban ellos , con otro sensor alojado junto a ella.

Obi-Wan caminó hacia la puerta frente a ellos. Tenía ubicada en ella una pantalla de monitor, y manipuló su panel de control hasta que aparecieron unos pequeños y finos holos. Parecía ser una imagen tomada justo en el exterior de esa misma puerta. Cuando consiguió enfocar la imagen, se apartó bruscamente de ella: acurrucado en el otro lado de la puerta había un cuerpo. Otro hermano x'ting que había intentado, sin lograrlo, llegar a la cámara de los huevos. Obi-Wan no podía ver lo que había matado al guerrero, pero su cuerpo daba la impresión de que el exoesqueleto había sido parcialmente... disuelto.

Se estremeció. Sin cualquiera que hubieran sido las instrucciones específicas destruidas por plaga o supernova, ¿podría haberse esperado que alguien sobreviviera a semejante desafío?

Jesson estaba junto a la puerta plateada, tocando sensores y manipulando controles. Obi-Wan esperó mientras probaba varios patrones diferentes, pero entonces el joven guerrero x'ting golpeó frustrado la pared con el puño.

—¡No puedo abrirla!

—¿Cuántas veces lo intentaste? —preguntó Obi-Wan, alarmado—. ¿No tienes sólo tres intentos?

—Aquí no —dijo Jesson—. Una vez que estemos dentro, empieza de verdad el desafío.

—Puedo intentarlo con mi sable de luz si lo deseas.

Jesson rió.

—No creo que funcione. Esta puerta fue diseñada para resistir ante cualquier antorcha conocida. Sólo dame un poco de tiempo, y...

Pero Obi-Wan ya había activado su arma y estaba introduciendo la hoja resplandeciente en la puerta.

—Aparta la cabeza —advirtió. Jesson obedeció.

Tras unos instantes, Obi-Wan supo que Jesson tenía razón: esta puerta era ciertamente más resistente que la anterior. Sin embargo, el arma del Jedi siguió penetrando en el duracero, lanzando chispas y haciendo que glóbulos de metal resplandeciente cayeran goteando al suelo.

La puerta tenía intercalados circuitos de absorción de energía que le retardaban, pero no bastaban para detenerle. Finalmente la puerta giró libre, rociando gotas de metal al caer. Entonces atravesaron la humeante entrada.

Dentro había otra cámara con forma de huevo, con un sello pentagonal dorado de tres metros de ancho incrustado en el suelo. En el lado opuesto, había una única silla colocada ante una serie de... ¿qué? Emisores y proyectores de rayos apuntaban amenazadoramente a la silla, una advertencia clara para cualquiera que aceptase el desafío.

Filas de indicadores y lectores se encendieron parpadeando cuando entraron, y Obi-Wan los inspeccionó rápidamente. La mayoría de los controles estaban etiquetados tanto en básico como en x'tingiano. Una de las etiquetas más provocativas decía: LLAMADA DE GUSANOS/SENSOR DE GUSANOS.

¿Llamada de gusanos? Entonces uno de sus preguntas había sido más o menos respondida. Los gusanos no eran nativos de la cueva. La compañía de seguridad los había traído aquí como un dispositivo de vigilancia pasiva. ¿Pero algo había ido terriblemente mal? ¿Habían encontrado los gusanos un camino hacia la Sala de los Héroes, dónde todavía vivían tantos x'ting?

Eso explicaría muchas cosas. Qué momento de terror debió haber sido, cuando las criaturas irracionales asignadas a guardar su tesoro máspreciado excavaron o encontraron un camino a través de la pared de roca que separaba la cámara de los huevos del asentamiento de los moradores, haciendo reinar el caos.

Una pantalla holográfica llamó su atención. Un indicador sónico de algún tipo, etiquetado como REPELENTE HIPERSÓNICO. Así qué... los gusanos eran atraídos por el sonido, y podían rechazarse del mismo modo. Una respuesta simple, pero desconocida para los x'ting.

Jesson ya se había abierto camino hasta el asiento de control. Obi-Wan olió un cambio en la sala y supuso que el x'ting estaba tranquilizándose, preparándose a realizar una tarea para la que se había estado preparado durante mucho tiempo.

Jesson entrelazó sus cuatro juegos de dedos, e hizo crujir sus dieciséis nudillos con un sonoro *¡CRRRRRAKK!*

El x'ting comenzó la secuencia, hablando primero en x'tingiano, y cambiando luego al básico, quizás por respeto a Obi-Wan.

—La secuencia de inicio está en registro —dijo, moviendo sus seis miembros con la precisión de un insecto al manipular los controles.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Obi-Wan, indicando los emisores y proyectores de rayos que rodeaban el asiento como un halo. ¿Era posible que la leyenda, la información fragmentaria disponible por Jesson, fuera incorrecta, y no fuesen los huevos lo que se destruiría si se daban tres respuestas incorrectas, sino el propio interrogado?

Durante los primeros minutos los esfuerzos de Jesson no tuvieron recompensa; luego un holograma floreció ante ellos. La imagen resplandeciente era un esquema de toda la sala, la propia cámara. Podían ver un angosto pozo bajo el sello dorado, y en el fondo de ese pozo, tras un grueso escudo, yacían dos huevos preciosos rodeados por una matriz de láseres. Tentativamente, se extendió a través de la Fuerza... pero el mecanismo que controlaba la matriz era demasiado complejo para su comprensión. Su corazón se hundió. No había la menos duda de que la matriz derrotaría cualquier esfuerzo que pudiera hacer para engañarla. ¡Cómo deseó que Anakin estuviera aquí! Su aprendiz padawan era un genio intuitivo con todas las cosas mecánicas, y bien podría haber inventado un medio de derrotar a este aparato. Obi-Wan se sentía desvalido.

Afortunadamente, su compañero x'ting había sobrevivido para entrar en la cápsula. Su única esperanza de éxito yacía en las cuatro capaces manos de Jesson.

Jesson tomó los controles como si estuviera tocando algún tipo de complejo instrumento musical. Obi-Wan podía oír suspiros y chirridos variantes, y el guerrero x'ting contestaba las llamadas con sus dedos moviéndose rápidamente, en un borrón, por el panel de control.

Finalmente el esquema flotó hacia su izquierda. Apareció un diseño esférico con forma de diana, con tres capas girando sobre un núcleo que parecía la cámara de los huevos.

Tres capas concéntricas. Obi-Wan sintió como se le secaba la boca.

Miró su crono de muñeca y se asombró. ¿Había pasado sólo una hora desde que entraron en las catacumbas? ¿Desde que habían dejado la cámara del consejo x'ting? ¡Habían parecido días!

Sonó una voz x'ting con entonación interrogativa, seguida por otra voz que hablaba en básico.

—Responde la siguiente pregunta: ¿Qué está en la colmena pero no es de la colmena? ¿Qué nutre pero es nutrido, qué sueña pero nunca duerme?

Jesson tomó una respiración profunda. De una vaina del cinturón extrajo un rectángulo plano.

—Este es el último chip llave que queda —dijo—. Sólo tengo tres oportunidades, pero pienso que tendremos éxito.

—¿Sabes la respuesta al enigma? —preguntó Obi-Wan.

—Sí —dijo Jesson con fiabilidad—. Son los zeetsa. Ellos viven en la colmena pero no son x'ting. Ellos nos dan, pero a su vez reciben de nosotros nutrición y cuidado. Ellos sueñan pero están conscientes.

Con su certeza incrementándose en cada movimiento, Jesson puso la tarjeta en su ranura.

Hubo un suave temblor, y las voces del escáner dijeron:

—¿Su respuesta?

—Los zeetsa —dijo Jesson.

Hubo una pausa. La esfera empezó a rodar más rápidamente y el tercio exterior empezó a separarse, con sus pedazos disolviéndose al hacerlo. Jesson se sentó, pasmado, cuando la voz dijo, primero en x'tingiano y luego en Básico:

—Incorrecto.

Jesson se levantó de la silla, incrédulo, con los ojos como platos. La voz dijo:

—Siéntese, o la sesión habrá terminado.

Jesson se giró para mirar a Obi-Wan. Los emisores en las esquinas de la sala se abrieron como girasoles que dan la bienvenida al alba. Obi-Wan sospechó, o más bien *supo*, que si la sesión acababa, ellos también. Al igual que los huevos.

—Siéntate —dijo en voz baja. Y Jesson lo hizo. Los emisores parecían rastrear sus movimientos. Obi-Wan no tenía interés en descubrir lo que podía surgir de ellos en cualquier momento.

—¿Desea continuar la secuencia? —preguntó la máquina.

—¿Tengo otra opción? —dijo Jesson, temeroso.

—Sí, puede escoger la terminación personal. Si escoge esta opción, los huevos no serán dañados.

—Lo intentaré de nuevo —dijo, y tragó saliva.

—Muy bien. —Hubo una pausa. La pausa duró tanto que Obi-Wan se preguntó si iba a hablar de nuevo, pero entonces lo hizo—. ¿Quién vivió y ahora se mantiene? ¿Quién no quiso aclamación, pero es idolatrado por todos? ¿Quién llevó

peso y ahora está hueco?

—Hablas básico y x'tingiano —dijo Obi-Wan a Jesson—. ¿Están traducidas con precisión las palabras?

Los dientes serrados del guerrero rechinaron.

—Así lo creo. Hay una cierta poesía que se pierde en la traducción al básico.

—“Quién vivió y se mantiene” —siguió Obi-Wan—. Eso podría tener dos significados: estar inmóvil, o bien persistir, “mantenerse en su posición”, si entiendes lo que quiero decir. ¿Lo comprendes?

—Creo que sí —dijo Jesson, pero ya no parecía tan seguro.

—¿Entonces crees saber la respuesta?

Jesson miró fijamente cómo giraba la esfera. Sólo quedaban dos capas.

—Pienso que sí.

—Entonces responde —dijo Obi-Wan, intentando dar al x'ting la confianza que él mismo no sentía completamente.

Jesson hizo una respiración profunda.

—Estoy listo para proceder —dijo.

—Responda —dijo la máquina.

—Los héroes de la colmena. La Sala de los Héroes.

Los segundos se sucedieron, y nada pasó. Entonces la esfera empezó a rodar más rápidamente, y la segunda capa anaranjada se desprendió y se desvaneció.

—Incorrecto —dijo la voz.

Jesson se estremeció en el asiento, y Obi-Wan descubrió un olor penetrante y agrio en el aire. ¿Miedo?

—No debían haberme enviado —dijo el x'ting.

¿Autocompasión? Jesson no parecía ese tipo de gente, pero... Entonces el guerrero siguió, penosamente.

—No puedo hacer esto. Por mi culpa, los huevos se destruirán.

Allí estaba. La reacción no había sido autocompasión en absoluto. Era preocupación por los huevos lo que Obi-Wan había oído en la voz de Jesson, visto en su cuerpo, oído en el aire.

El guerrero estaba en el límite, a punto rendirse. Obi-Wan había visto esto/**eso** antes. No era miedo como la mayoría de los seres lo conocía, porque para la mayoría el miedo era una cuestión de pérdida personal: pérdida de la imagen de uno mismo, pérdida de salud, pérdida de la vida. Pero incluso sin poder interpretar directamente las feromonas que ahora inundaban el aire, supo que eso no era la fuente de la angustia de Jesson. El guerrero x'ting amaba la colmena, y ahora temía profundamente decepcionarla. Había sido bien escogido. Sería más que feliz si muriera en el logro de esta tarea, morir anónimamente y con gran dolor si fuera menester, sólo con que la colmena pudiera sobrevivir y crecer, y resurgir en su justa gloria.

Jesson se bloqueó, casi paralizado, con sus manos flotando sobre los controles. Cada músculo en su cuerpo parecía estar estirado en una inflexible contracción, todo su orgullo le había abandonado ante la realidad de las pruebas que ya había fallado.

—¿Cómo? —dijo—. ¿Cómo puede ser? ¿Qué respuestas estaban buscando?

—No podemos saberlo —dijo Obi-Wan, y puso una mano sobre el hombro del x'ting—. Todo lo que podemos hacer, lo único que podemos hacer, es hacerlo lo mejor que podamos. El resto es controlado por la Fuerza.

—¡La Fuerza! —protestó Jesson—. He oído hablar mucho de vosotros, los preciosos Jedi y vuestra Fuerza.

—No es nuestra Fuerza —dijo Obi-Wan, intentando confortarlo—. Ella nos posee. Y a ti. Nos crea a todos nosotros, pero también es creada por nosotros.

—¡Enigmas! —gritó Jesson—. Nada más que enigmas. ¡Ya he tenido suficiente! Saltó del asiento y corrió por la sala, aporreando la puerta, gritando:

—¡Déjame salir! ¡Déjame salir!

—Vuelva al asiento o la sesión finalizará —dijo serenamente la máquina.

Obi-Wan miró fijamente a Jesson y entonces tomó una decisión instantánea. Fue a sentarse en la silla.

—No es el participante original —dijo la máquina con su voz andrógina sintetizada—. Es necesario que el participante original termine el proceso.

Obi-Wan miró por encima de su hombro al guerrero x'ting herido y roto. ¡Cuán orgulloso y seguro parecía sólo una hora antes! Qué obvio resultaba ahora que todo ese orgullo había sido un delicado escudo contra el miedo de fallar a su gente, un apoyo ante el terrible peso de esa responsabilidad.

—El es incapaz de continuar —dijo Obi-Wan.

—En cien segundos esta prueba terminará —dijo la voz—. Noventa y nueve, noventa y ocho...

—¡Dime las preguntas! —La desesperación apareció en la voz de Obi-Wan—. Por favor. Dime las...

—Noventa y tres, noventa y dos...

Obi-Wan saltó fuera de la silla y fue a Jesson, todavía acurrucado en el suelo, con los brazos primarios y secundarios envolviendo sus rodillas.

—Jesson —dijo con su voz más tranquila—. Debes intentarlo de nuevo.

—No puedo.

—Debes. No hay nadie más.

El x'ting hundió su cabeza contra sus rodillas y se estremeció.

—Toda tu vida —dijo Obi-Wan—, te has preparado para un gran desafío. Como todos los guerreros.

No hubo respuesta.

—No pienses que no sé cómo te sientes. Tu clan guerrero no podría proteger a la colmena de Cestus Cibernética. Tienen más poder del que tu gente pueda alcanzar. Así que te sientes que ni siquiera tu muerte puede liberar a tu pueblo. Ni siquiera el mayor esfuerzo que puedas alcanzar es suficiente para cubrir la necesidad. En lo más profundo de tu corazón, sientes que no hay nada.

Jesson alzó finalmente la vista.

—¿Comprendes eso?

—Es igual que en muchos planetas por toda la galaxia —dijo el Jedi—. Siempre que se conquisten especies, los guerreros son los primeros en ser oprimidos.



Porque son los más peligrosos.

—Setenta... sesenta y nueve... sesenta y ocho...

—Toda mi vida —dijo Jesson—, todo lo que yo he querido era cumplir la función que me asignaron al nacer. Como hicieron mis antepasados. Cuando fuese hembra, llevar huevos saludables, aprender, y sanar, y enseñar. Cuando fuese macho, luchar por mi colmena, mantenerla a salvo. Quizás morir.

Jesson buscaba a Obi-Wan con sus ojos facetados brillando de esperanza. Si el extraplanetario podía entender su miseria, entonces quizás, sólo quizás, había un camino. Había una respuesta.

—Y entonces cuando G'Mai Duris recobró el liderazgo del consejo de la colmena, tuviste esperanza.

—¡Sí!

—Cincuenta y cuatro, cincuenta y tres...

Obi-Wan luchó por mantener la calma en su voz, aunque sentía la urgencia hirviendo dentro de él.

—Y cuando fuiste escogido para ser el que encontrase y devolviese a los monarcas, pensaste que ésta era tu oportunidad. Ésta era tu oportunidad de servir a la colmena. ¡Éste era el momento de gloria!

—¡Sí!

—Todavía lo es —dijo Obi-Wan—. Todos los guerreros sueñan con la conquista, con una gloriosa victoria o una muerte gloriosa. Pero ninguno de nosotros sabe el precio de nuestras vidas. Ninguno de nosotros sabe el valor de nuestras muertes. Eso deben decidirlo otros, después de que nosotros nos hemos ido. Todo lo que nosotros podemos hacer es esforzarnos, luchar con coraje y compasión, vender caras nuestras vidas. Y más tarde, después de que la batalla haya terminado, otros podrán decidir si ese sacrificio fue en vano, o si fue el factor decisivo. Algunos de nosotros debemos poner nuestras vidas en el altar del sacrificio. Otros en nuestros sueños de victoria.

Jesson le miró fijamente, con una pequeña luz de esperanza y entendimiento encendiéndose en él.

—¿Y si yo fallo, y los huevos reales mueren?

—Entonces habrás hecho todo que pudiste, sirviendo a la colmena con todas tus fuerzas.

—¿Y si mi fracaso te cuesta tu vida, al igual que la mía, Jedi?

Obi-Wan habló tan amablemente como pudo.

—Mi vida estaba empeñada desde el momento en que me puse en este camino. No pises el camino para guerrear buscando conservar la vida. Ése es el sueño de un necio. Busca vivir tus días honrando los principios en los que más creas. Trabaja para ganar las habilidades más altas de las que eres capaz. Vende cara tu vida.

—Sé fiel a la colmena —dijo Jesson.

—Sí.

—¿Cómo puede un humano entenderlo tan bien?

Obi-Wan sonrió.

—Todos nosotros tenemos una colmena —dijo.

—Veintisiete, veintiséis...

—En pie, guerrero x'ting —dijo Obi-Wan, poniendo duracero en su voz.

Jesson se levantó.

—Quince, catorce...

Volvió a la silla y se sentó. La cuenta atrás cesó.

—¿Está preparado para continuar? —preguntó la voz en básico, después de una serie de chasquidos en x'tingiano.

Jesson contestó afirmativamente con un chasquido.

Se produjo una pausa. La esfera holográfica giratoria se movía ahora más rápidamente. Pero sólo permanecía una única capa encima de la cámara de los huevos.

—Responda —dijo la máquina—: ¿Quién comió nuestros huevos y ahora esconde su juventud? ¿De quien es la red de miedo que los atrapa? ¿Quién robó el sol pero ahora vive en las sombras?

—Es demasiado simple —susurró Jesson.

—A veces la simplicidad es el mejor disfraz —dijo Obi-Wan—. No intentes engañarte. Contesta con la verdad.

—Pero eso es lo que hice antes —dijo Jesson—. Y ambas veces estaba equivocado.

—Esto fue creado por tu propio pueblo —dijo Obi-Wan—. Ellos no lo harían de forma que fuera imposible que tuvieras éxito. Confía en tus antepasados.

Pero Obi-Wan sentía una ligera punzada en la nuca. Algo. ¿Una advertencia? ¿Una pista? Algo. ¿Qué era? ¿Algo sobre la serie de armas alrededor de la silla? Los emisores. Las preguntas. Aparentemente simples para un x'ting...

Pero las respuestas estaban equivocadas.

El instinto de Obi-Wan estaba gritándole, pero no podía adivinar qué era exactamente lo que estaba intentando decirle. No podía, pero tenía que hacerlo. Ésta era la última oportunidad, y si no podía ayudar a su compañero x'ting, todo estaba perdido, y su causa fracasaría irreparablemente.

Entonces, en las profundidades de su corazón, sintió una respuesta simple, la oyó resonar con la verdad de la Fuerza.

—Contesta con la verdad —dijo de nuevo—. No intentes pasarte de listo. No busques una segunda opción. Dale la respuesta que sabes que es verdad.

Jesson asintió.

—El pueblo araña —dijo—. En su tiempo, eran los señores de este planeta. En otra época, nos trajeron desde la superficie. Nosotros los enviamos a las sombras.

Sus manos se extendieron sobre el panel del control, y sus ojos se fijaron en la esfera que giraba. ¿Qué? ¿Qué...?

Rodó más rápidamente, y un agudo sonido gimoteante se alzó en la sala, pareciendo envolverlos. Entonces la esfera todavía aceleró más rápido, y los segmentos se fragmentaron y volaron lejos.

—Respuesta incorrecta —dijo la voz—. La terminación de los huevos ha empezado.

Obi-Wan fijó la mirada, asustado. ¿Cómo podía haber estado tan equivocado? Raramente sus visiones habían probado estar tan horriblemente equivocadas. Quizás podría abrir un agujero a través del suelo con su sable de luz y salvar la pareja real...

Activó su arma y lo hundió en el dorado sello pentagonal del suelo. Bajo él, imaginó, había una puerta de seguridad de duracero templado. La imagen holográfica estaba fundiéndose, ardiendo, desde que las primeras chispas saltaron del suelo y el cuarto se llenó de humo. Jesson estaba aturdido, sentado en la silla, incapaz de moverse.

—No —dijo—. Lo hice todo bien. Lo hice todo. No, por favor.

—Vaporización completada al cincuenta por ciento...

Las luces de la cámara destellaron con estallidos aturdidores, y los emisores de las esquinas de la sala empezaron a sisear, expeliendo un fino gas verdoso. Obi-Wan se colocó su respirador en la boca, sintiendo no tener también otro para Jesson. Pero si sólo pudiera atravesar ese sello, si sólo pudiera llegar a la bóveda de los huevos, aun cuando su compañero pereciera, la misión aún...

—Vaporización completa.

Se sentía dormido.

Jesson se apoyó en los controles, sollozando.

—Mátame, mátame —dijo, hablando a nadie en particular, y al universo en general.

La batería de armas alrededor de Jesson empezó a brillar, y la neblina que llenaba el aire fue absorbida hacia ella. En unos minutos el cuarto se aclaró de la neblina, y Jesson yacía inmóvil. Obi-Wan miraba el cuerpo lacio de su compañero, con un sentimiento de desesperación y fracaso que raramente había conocido.

Y entonces... Jesson se movió.

Se enderezó en la silla y echó una mirada alrededor, torpemente, como si hubiera sido narcotizado.

—¿Por qué sigo vivo? —preguntó.

—Mira el holo —dijo Obi-Wan en voz baja.

Sin ningún alboroto, el esquema había reaparecido en la pantalla. En la miniatura, la cámara de los huevos estaba subiendo a través del pozo.

—¿Qué... qué es eso? —dijo Jesson.

La computadora comenzó una serie de chasquidos.

¿Qué dice? —preguntó Obi-Wan.

Jesson escuchó cuidadosamente.

—Dice... "Enhorabuena, guerrero x'ting. Ha tenido éxito."

Obi-Wan estaba temblando. ¿Qué significaba eso?

Echó un vistazo más cuidadoso a la batería de armas alrededor de la silla y comprendió que había estado equivocado. No era en absoluto una batería de armas. Eran sensores. ¿Y el gas? Sería algún tipo de compuesto analítico que combinaba con las feromonas de Jesson, los olores que los x'ting emitían bajo tensión. El combinado resultante había sido reabsorbido y analizado por la serie de sensores...

La claridad le golpeó como un relámpago.

—Nunca pretendieron que respondieras correctamente las preguntas —exclamó Obi-Wan—. "Probablemente tus respuestas eran correctas. Contestándolas demostraste que conocías la historia de los x'ting. Los sensores demostraron que eras x'ting. Pero necesitaban saber cómo reaccionarías ante el fracaso.

—¿Ante... el fracaso? Pero no entiendo...

—Podrías estar buscando los huevos con el deseo de destruirlos. O para controlar a todos los x'ting. Podría haber sido por el ansia de poder, o por codicia. Pero cuando viniste por el amor a la colmena, y fracasaste, y viste tu fracaso al matar a la última pareja de rey y reina, no sentiste ira, sino angustia. La prueba no era para tu mente. Era para tu corazón.

—Olió mi pesar —dijo Jesson, comprendiendo.

El sello dorado quemado se levantó, exponiendo una columna de duracero de la misma forma. La columna ascendió hasta que fue de la altura de Jesson, revelando una cámara. Las gruesas ventanas de cristal transparentes se abrieron deslizándose, mostrando un disco de medio metro de alto. Alrededor del borde del disco parpadeaban las luces rojas y blancas de un anillo antigravitatorio activado. Con la mayor delicadeza, Jesson asió el disco. El anillo antigravitatorio reducía su peso efectivo a poco más de unos gramos. Sosteniéndolo en el aire, flotando, con la punta de sus dedos, el x'ting y el Jedi verificaron el pequeño monitor que parpadeaba encima.

—Están vivos —susurró—. Los llevaré al consejo. Nuestro clan médico sabrá qué hacer.

—Sí —dijo Obi-Wan.

Las paredes estaban parpadeando más rápidamente. Un altavoz emitió a todo volumen una profunda vibración retumbante que sacudió la columna vertebral de Obi-Wan.

—¿Qué es eso? —preguntó Jesson.

Obi-Wan inspeccionó los controles.

—Creo que es un repelente de gusanos —dijo—. La sala está dejándonos salir.

Las puertas se desbloquearon. Examinaron la puerta más lejana. El x'ting muerto yacía lacio y medio fundidas.

—¿Qué lo mató? —preguntó Jesson.

—No lo sé. Y no quiero arriesgarme. Conocemos los riesgos detrás de nosotros. Regresaremos por el camino por el que vinimos.

## Capítulo 7

El cofre de los huevos era relativamente fácil de llevar a través de la puerta que conducía a la cámara de los gusanos. Llegaron a la cornisa y miraron fijamente al suelo bajo ellos. Se habían activado luces artificiales a lo largo del techo y, en combinación con el hongo, iluminaban la tierra arada de la que los gusanos habían huido por los sonidos chillones y dolorosos. Obi-Wan extendió sus sentidos en la

Fuerza: nada. La cueva estaba abandonada.

Bajaron el disco hasta el suelo de polvo. Con la ayuda de la unidad antigravitatoria, el disco de carbonita virtualmente flotaba por la caverna. Las paredes de roca parecían ahora enormes y majestuosas. Obi-Wan no había podido apreciarlo antes, pero cuando las luces artificiales se encendieron en el techo, la vista de las cascadas formadas por las estalactitas y las vastas paredes arqueadas le dejó sin aliento.

¿Qué clase de escena de celebración se habían imaginado los constructores para este momento? ¿Se esperaba albergar ahora a miles de x'ting, vitoreando en una ceremonia mientras una nueva reina y un nuevo rey llegaban al mundo?

Qué extraña y tristemente había funcionado todo.

Con el tiempo, habría tal celebración, por supuesto, pero no ahora. Ahora había silencio y sombras.

El cofre de los huevos resbaló fácilmente a través de las aberturas pentagonales en el lado opuesto de la caverna. Jesson parecía agotado pero triunfante, un ser diferente al joven guerrero arrogante que había acompañado a Obi-Wan al salir de la cámara del consejo menos de dos horas antes.

Realmente, pensó Obi-Wan, la transformación no era una cuestión de tiempo. U ocurría en un parpadeo, o no ocurría en absoluto.

Se arrastraron a través de la oscuridad, llevando la preciada carga entre ambos. Jesson encontró su camino a través del laberinto más fácilmente esta vez, y su caminar ya no era realmente laborioso, sino que estaba lleno de un sentido de propósito.

—Sabes, Jedi —dijo Jesson por encima de su hombro—, puedo haber estado equivocado acerca ti.

—Es posible —dijo Obi-Wan, sonriendo.

Pasaron unos instantes, durante los cuales caminaron en la oscuridad, mientras Jesson olfateaba su camino y quizás organizaba sus pensamientos.

—He visto lo que puedes hacer, y quién y qué eres. —Hizo una pausa— Incluso es posible que Duris no estuviera mintiendo sobre ese Maestro Jedi. Quizá él realmente nos visitó, y quizá realmente hizo algo que valiera la pena recordar.

Obi-Wan se rió entre dientes. Nunca podría saberlo. Al menos, no hasta que volviera a Coruscant. Entonces podría hacer preguntas discretas, sólo para satisfacer su curiosidad.

Por otro lado, algunos de los más grandes Jedi eran notoriamente reservados para hablar de sus hazañas. Sus preguntas bien podrían ser cuidadosamente desviadas, sin satisfacer su curiosidad nunca.

Llegaron a la siguiente cámara, la sala de estatuas por donde habían entrado en primer lugar. Jesson descendió hasta la cornisa. Obi-Wan empujó el cofre de los huevos suavemente hacia fuera. Suspendido por su unidad antigravitatoria, flotó hacia Jesson tan suavemente como un taco de madera de balsa arrastrado por una débil corriente de agua.

Obi-Wan saltó abajo ágilmente. Había que tomar una decisión: remontar el camino por el que habían venido, para volver a entrar por aquella primera estatua

hueca y enfrentarse a los caníbales de nuevo, o...

—No estoy de humor para una batalla innecesaria —dijo el Jedi—. Subamos las rocas y veamos si se abre la puerta del lado opuesto.

—De acuerdo —dijo Jesson. La fatiga emborronó su voz. Las últimas horas debían haber sido las que más esfuerzo habían requerido en la vida del guerrero x'ting. Una batalla frenética, un ascenso a través de la oscuridad, perseguidos por gusanos de cueva carnívoros, condenando y luego salvando a los herederos reales de su especie...

Obi-Wan se preguntó: ¿cómo se enfrentaría un x'ting a esta tensión, con una celebración, o hibernando?

Cuando ambos estuvieron a salvo en la cornisa de piedra, guiaron el cofre de los huevos por la cuesta hacia lo que Jesson dijo que era una puerta.

Tomó varios enervantes minutos conseguir subir el cofre de los huevos a lo alto del montón de rocas caídas. Al otro lado encontraron algo horrible: el cadáver de otro de los hermanos de nido de Jesson, con la parte inferior del cuerpo asomando bajo una gran roca. Su marchito brazo secundario todavía asía una lámpara.

Tanta muerte, en servicio a su colmena. Cualquier especie que produjera una G'Mai Duris y un Jesson Di Blinth era realmente formidable.

Obi-Wan recogió la lámpara. Era de diseño industrial, más pesado y potente que el modelo de los suministros del GER que Jesson había traído al laberinto. Cuando la activó, un brillante círculo de luz se extendió por la pared.

Lástima que no le hubiera servido de nada al hermano de Jesson.

A pocos metros de la rampa estaba la puerta que les devolvería a la colmena principal. Un mecanismo droide había obstruido la puerta. Con toda probabilidad, se trataba de la misma trampa atrapa-bobos que había activado el desprendimiento.

—Creo que eso responde a mi pregunta —dijo Jesson detrás de Obi-Wan, con voz profunda y respetuosa.

—¿Qué pregunta es esa? —preguntó Obi-Wan, activando el rayo de energía de su sable de luz. Examinó la puerta más de cerca, juzgando el mejor ángulo para el corte inicial.

—Mira. Por favor —dijo Jesson.

Obi-Wan se dio la vuelta, permitiendo a sus ojos seguir el rayo de luz de Jesson. Se desplazó a lo largo de la caverna, iluminando una tras otra las gigantescas imágenes de los reyes y reinas x'ting, sus más grandes líderes en una serie colosal. Esculpido en piedra masticada había un verdadero bosque de nobles titanes insectoides. Unos machos, otros hembras, unos altos y jóvenes, otros viejos y encorvados, con sus cuatro manos colocadas en diversas posturas; pidiendo, implorando, protegiendo, confortando, enseñando, sanando.

*Una sala de héroes, realmente,* pensó Obi-Wan.

—¿Qué pasa?

—Allí —contestó Jesson—, donde entramos en primer lugar.

Y enfocó el rayo en la estatua más grande.

Ahora Obi-Wan podía ver la figura vieja y encorvada mucho más claramente. El

angosto tubo de la escalera de mano que habían descendido era un bastón. La cámara en la que habían luchado tan desesperadamente contra los x'ting caníbales se veía, desde fuera, como un torso de músculos redondeados. Su punto de entrada inicial, la primera cámara de todas, era una cabeza con puntiagudas orejas triangulares. La estatua alcanzaba por lo menos los setenta metros alto, más alta que cualquier otra en la Sala de los Héroes x'ting.

Realmente, eso respondía a muchas preguntas, pero planteaba otras, preguntas que Obi-Wan nunca podría satisfacer. Porque allí, con su brazo vestido extendido saludando, gigantesco y benévolo a la luz de la lámpara de un valiente soldado x'ting que llevaba largo tiempo muerto, se alzaba la hueca estatua, hecha con piedra mascada, de un sonriente Maestro Yoda.